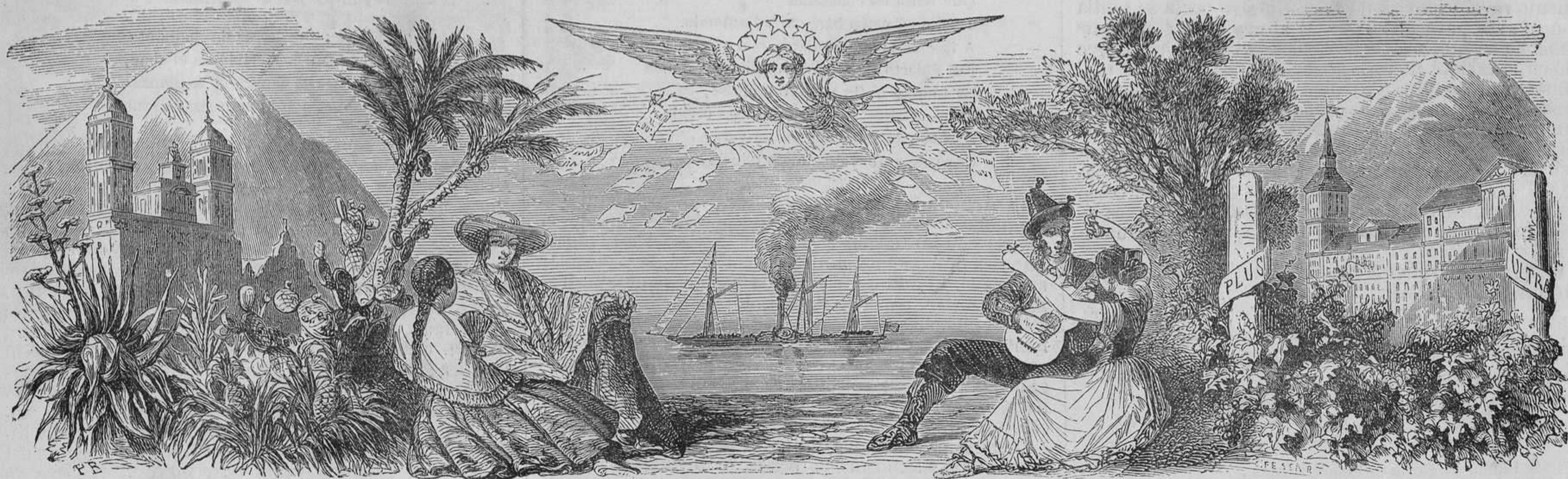


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 13. — N° 88.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

El Tirteo español. — Revista de Paris. — A mis ojos. — Las fiestas del 15 de agosto; grabados. — Margarita Pusterla. — Batalla de Usurghet; grabados. — El lago Blanco (Balta-Alba). — Mi tía María. — Expedicion del Báltico; grabados. — A Licori. — La muerte de Cromwell. — Destruccion de San Juan de Nicaragua; grabado. — Copa sagrada de los emperadores de la China para el culto de los antepasados; grabados.

El Tirteo español.

I.

En los últimos años del siglo pasado, cuando el astro de la poesía erótica personificado para España en el

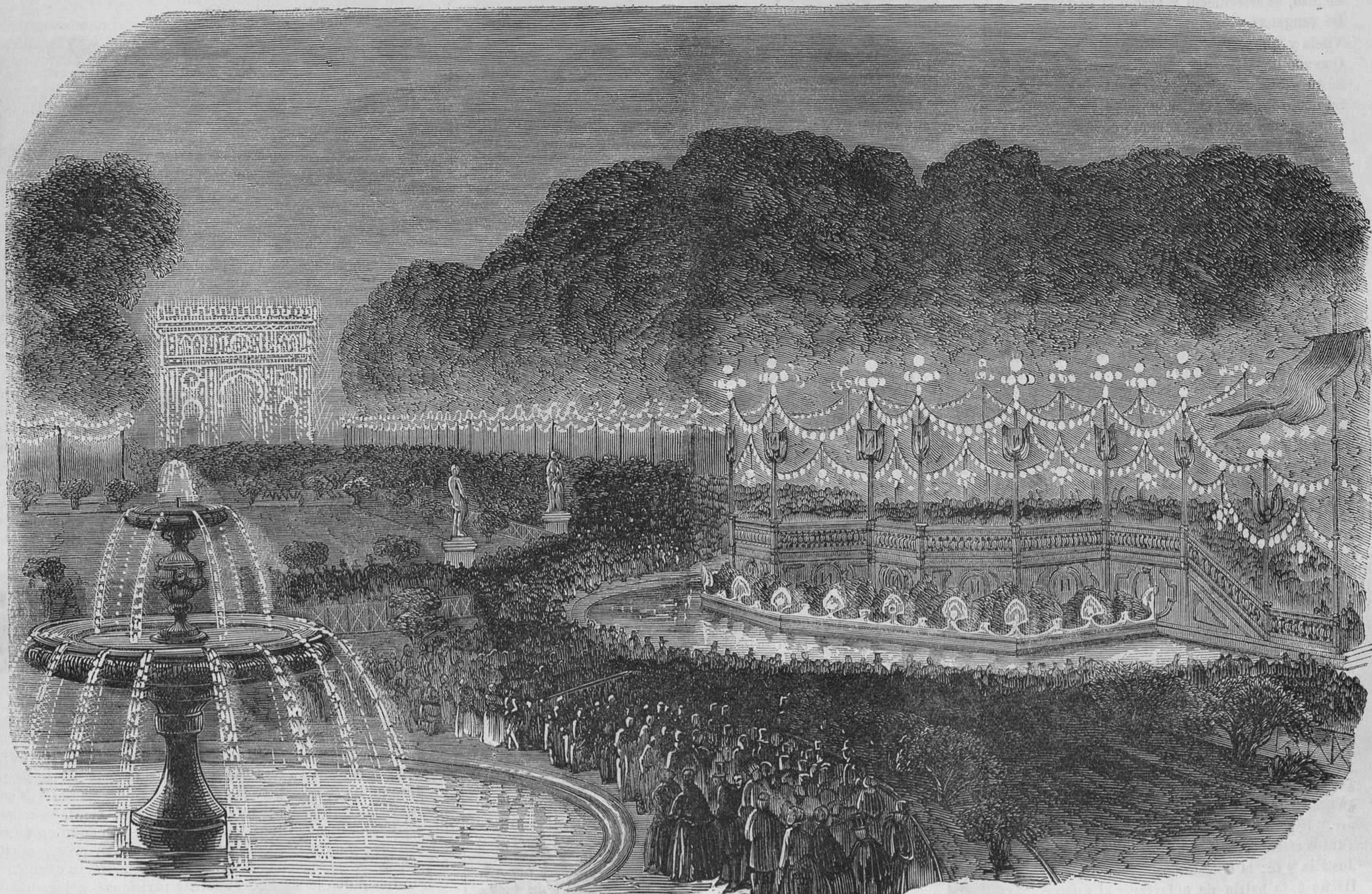
famoso Melendez llegaba á su ocaso, una nueva estrella mas rica de luz y de esplendor se levantaba en el inmortal Quintana. No por eso puede decirse que este era el sucesor de aquel, aunque siempre Quintana se ha honrado con el título afectuoso de discípulo de Melendez, porque los dos, genios originales, verdaderos poetas nacidos para regenerar el gusto literario de su patria, pertenecen á tan distinta escuela, que parecen haber bebido sus inspiraciones en los manantiales mas opuestos de la creacion. Solo puede explicarse esta sucesion como se explica la del tiempo, esto es, en el orden cronológico que envuelve el progreso moral de cada época, y por lo tanto de los hombres especiales que la representan á los ojos de la posteridad. Quintana sucedió á Valdes, como el siglo diez y nueve iba á suceder al diez y ocho, como el tiempo del desarrollo democrático habia de seguir á esa vergonzosa postracion po-

lítica, que los amantes del despotismo han llamado paz octaviana.

..... Y al ahogar la vida
De las naciones miserables que os sirven,
Dais el nombre de paz al desaliento
De la devastacion.

De esta manera explica el gran vate de quien voy á ocuparme ese estado de tranquilidad que el tirano del Norte al exterminar á los polacos describía mas lacónicamente diciendo: « El orden reina en Varsovia. »

No quiero decir que Melendez no era un filósofo tan profundo como Quintana, sino que habia nacido demasiado pronto, y su rico genio, ahogado en esa estrecha atmósfera política en que todo parece conspirar á adormecer las grandes pasiones, tuvo que pagarla su tri-



Fiesta del 15 de agosto. — Concierto en el jardín de las Tullerías.

butó cantando amores pastoriles, como los hijos de Milan cantaban arias y cavatinas cuando solo deberian pensar en sacudir el yugo de la opresion.

Quintana era discípulo de Melendez en lo mas mecánico del arte, pero su musa se habia educado en el *Contrato Social* de Rousseau, que produjo el sacudimiento revolucionario de 1789. Nuestro poeta se sentia con fuerzas para ponerse á la altura de la época que habia de solemnizar, y desde los primeros pasos que dió en la carrera literaria hizo entender que á los melifluos acordes de la lira debian suceder los robustos sonos de la trompa. La hermosa Venus habia cedido el campo al guerrero Marte. Nutrido Quintana en estas ideas, registró la historia de su patria, y la primera figura que inflamó su inspiracion fué el héroe castellano, el liberal y valiente Padilla, cuyas glorias, como las de Aquiles, debian tardar en cantarse algunos siglos, como para imprimirlas un sello mas digno de su brillo y majestad.

He aquí los primeros pensamientos que asaltaron al Mirabeau de la poesia :

Todo á humillar la humanidad conspira :
Faltó su fuerza á la sagrada lira,
Su privilegio al canto
Y al genio su poder. ¿ Los grandes ecos,
Do están, que resonaban,
Cuando en los desmayados corazones
Llama de gloria de repente ardía,
Y el son hasta en las selvas convertía
A los tímidos siervos en leones ?
¡ Oh ! ¡ Cuál cantara yo, si el Dios del Pindo
Poder tan grande á mis acentos diera !
¡ Con qué vehemencia entónces la voz mia,
Honor, constancia y libertad sonando,
De un mar al otro mar se extendería !

Estos versos, los primeros que imprimió Quintana, revelan al poeta, y desde luego hicieron conocer la preferencia que debia dar al canto épico y patriótico sobre todos los demás. Despues de esta magnífica introduccion en que pinta su deseo de llenar el vacío que echa de ver en el orbe poético, tiende una mirada á la época de las comunidades para justificar la bandera revolucionaria, que desgraciadamente sucumbió en los campos de Villalar.

¿ De qué, pues, nos valieron
Siete siglos de afán, y nuestra sangre
A torrentes verter ? Lanzado en vano
Fué de Castilla el árabe inclemente
Si otro opresor mas púrfido y tirano
Prepara el yugo á su infelice frente.
Ofendida, indignada
Se alzó, se estremeció y arrojó el grito
De venganza y horror. — Vuela, hijo mio,
Vuela y ahuyenta la espantosa plaga
Que me insulta y me amaga :
Sé tú mi escudo, y en tu ardiente brio
Su curso infausto asolador quebranta —
Dijo, y cual rayo que volando asuela,
O como trueno que bramando espanta,
El héroe de Toledo recorria
Un campo y otro campo : el pueblo todo
Conmovido á su voz, ardiendo en ira
Y anhelando vencer, corre furioso
A la lucha fatal que se aprestaba.
Padilla le guiaba,
Y de la patria en su valiente mano
El estandarte espléndido ondeaba.

Laméntase el poeta de la discordia que condena á las futuras edades al despotismo. Lloro el triste resultado de aquella funesta batalla en que perdió Castilla sus libertades, y apostrofa al Tajo en cuyas orillas nació el héroe de las comunidades. Parece que está hablando de sucesos contemporáneos segun se exaspera su dolor al comentarlos. ¡ Con qué sublime elocuencia pinta los excesos de los vencedores cuya venganza nada indultó, cuya violencia no pudo sufrir la morada de la opresa virtud. Allí donde el aire vibraba con el sonido de los clarines y el choque de las armas, ya no hay mas que mudo silencio, que, segun el poeta, solo convida á dolor congojoso y á furor sañudo. Pero pronto la figura de Padilla se le presenta con toda la fuerza y majestad de sus gloriosos dias, incitando al pueblo á la pelea contra los tiranos :

Castellanos, alzaos : la inmensa huella
Corrió de tres edades
Por mi sangre infeliz : corrió, y aun ella
Hierva reciente y á venganza os llama.
¿ Quereis por dicha conllevar la pena
Del siglo vil á quien mi muerte infama ?
¿ Seguir besando la fatal cadena ?
¿ Vuestro mal merecer ?
Tantos estragos, sin respeto holladas
Justicia y fé; la detestable ofensa
Hecha á la patria de amarrarla al yugo
Y ahogar su libertad, á un tiempo alzarón

Su poderoso grito,
Y á la atónita Europa despertaron.
Ella sobre vosotros indignada
Cayó y os oprimió : ¿ Qué se hizo entónces
Vuestra vana altivez ? La tiranía
Que lenta os consumía
Tendió su cetro bárbaro y llamando
A la exicial supersticion, con ella
Fué abierto el hondo precipicio en donde
Se hundió al fin vuestro nombre,
Viles esclavos, que en tan torpe olvido
Sois la risa y baldon del universo,
Cuyo espanto y escándalo habeis sido.

Pero, ¿ por ventura necesitamos demostrar aquí que Quintana es uno de los primeros poetas del mundo, el primero de los poetas españoles ? No es este el objeto que nos proponemos aquí; no tratamos de examinar sus obras. El fin que nos hemos propuesto en este trabajo es hacer, por decirlo así, un extracto de lo mas selecto que encontramos en las obras líricas del eminente poeta, seguros de que nuestros lectores recibirán con gusto esta coleccion de versos y pensamientos escogidos, que pueden considerar como una preciosa guirnalda compuesta de las mas bellas flores que ha producido nuestro campo literario.

Despues de la oda á Padilla, la mas bella de las producciones del autor nos parece la de Guzman el Bueno. He aquí como describe la época guerrera de los Pelayos y Rodrigos :

¿ Quién diera á mi deseo
Tantos lauros contar ? Cada llanura
Fué campo de batalla,
Cada colina vencedor trofeo :
Los sitios mismos que el baldon miraron,
Miraron la venganza, y las afrentas
En torrentes de sangre se lavaron.

Describe el poeta el valor de los españoles, dignos antecesores del defensor de Tarifa, diciendo :

El hombre es solo quien guarnece al hombre :
¡ Oh pueblo numantino !
¡ Oh sagrada ciudad de alto renombre !
¿ Quién sino tu constancia te ceñía,
Cuando las olas del poder romano
Sobre tí vanamente se estrellaban
Y sus feroces águilas temblaban ?
Tal Guzman impertérrito defiende
La fortaleza en donde
Quebrada el moro su pujanza via :
Que ataca en vano, y de furor se enciende
Y truena al fin con la espantable saña
De nube que se rompe
Con estruendo fragoso en la montaña.

Indignado el árabe de la obstinada resistencia como encuentra en la plaza, y teniendo en su poder al hijo de Guzman, dirige la horrible proposicion harta conocida en la historia, y que el poeta formula de esta manera brillante :

¿ Así será que la esperanza mia
Un hombre solo á contrastar se atreva ?
Oye, Guzman : las leyes del destino
Esta prenda infeliz de tus amores
A mi venganza dieron :
Hijo es tuyo, ¿ lo ves ? si en el momento
Ante mis piés no allanas
La firme valla del soberbio fuerte,
Tú que le diste el ser, tú le das muerte.

La respuesta de Guzman es una de las que mas honor hacen al poeta por su entonacion y armonía :

Así la iniquidad habla á la tierra
Cuando de orgullo y de poder henchida
Mueve á los hombres espantosa guerra.
¡ Oh ! ¡ no tembleis ! magnánima á su encuentro
La virtud generosa se levanta
Y sus soberbios ímpetus quebranta.
Ella elevó á Guzman : de ella inspirado,
« Conóceme, tirano, respondia :
Y si es que espada en tu cobarde mano
Falta á la atrocidad, ahí va la mia :
Que yo consagro mi inocente hijo
Sobre las aras de mi patria amada. »
Esto sereno dijo,
Y arroja al campo la fulmínea espada.

Citaré por último aquí la oda que lleva por título : *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses*, composicion que como las dos mencionadas, tiene por objeto exaltar el espíritu nacional adormecido por la tiranía y la supersticion que amenazaban borrar á España del mapa de los pueblos.

« Eterna ley del mundo aquesta sea :
En pueblos ó cobardes ó estragados

Que rueda á su placer la Tiranía :
Mas si su atroz porfía
Osa insultar á pechos generosos
Donde esfuerzo y virtud tienen asiento,
Estréllese al instante
Y de su ruina brote el escarmiento. »

Dijo así Dios : con letras de diamante
Su dedo augusto lo escribió en el cielo,
Y en torrentes de sangre la venganza
Mandó despues que lo anunciase al suelo.

Omitirémos aquí, por las duras calificaciones en que abunda, la descripción de las huestes agresoras. La situacion de los españoles autorizaba entónces ese lenguaje apasionado que forma en casos análogos el primer encanto de la elocuencia belicosa, pero que no queremos reproducir, porque nuestro objeto al entresacar los arrogantes versos que vamos citando, es el de presentar ejemplos de la poesia verdaderamente patriótica, sin espíritu alguno de hostilidad, que estamos distantes de abrigar contra la Francia ni contra ninguna otra nacion. En esta oda no hay período mas arrogante ni justificado que aquel en que hace ver el autor la diferencia que existe entre los españoles y los demás pueblos de Europa. La idea del poeta es que puede un conquistador vencer á otras grandes potencias en una batalla, pero no así á la nacion española, y el capitan del siglo tardó poco en poder apreciar esta profecía de Quintana :

« ¡ Fuera tiranos ! » grita
La muchedumbre inmensa. ¡ Oh voz sublime,
Eco de vida, manantial de gloria !
Esos ministros de ambicion agena
No te escucharon, no, cuando triunfaban
Tan fácilmente en Austerlitz y en Jena.
Aquí te oirán y alcanzarás victoria ;
Aquí te oirán saliendo
De pechos esforzados, varoniles,
Y la distancia medirán, gimiendo,
Que de hombres hay á mercenarios viles.

Pero en este género hay una oda del autor que es en mi concepto la primera, la mas enérgica que ha producido la humana inspiracion : me refiero á la que lleva por epígrafe : *A ESPAÑA, despues de la revolucion de marzo*, de la cual me ocuparé en el número próximo, omitiendo aquí las magníficas citas que podria hacer aun de la oda que iba examinando por la razon anteriormente indicada, es decir, porque el poeta en esta composicion parece mas bien impulsado por la pasion de la ira que iluminado por el fuego de la gloria.

J. M. VILLER GAS.

Revista de Paris.

Paris, como ya hemos dicho varias veces, no se halla hoy en Paris, sino en Baden, en Spa, en las montañas de la Suiza, en los picos de los Pirineos, en una palabra, en todos aquellos puntos donde la moda ordena á los elegantes que vayan á tomar el fresco. Por este motivo, las crónicas de salones escasean, y el pobre historiador ó recopilador de anécdotas á duras penas encuentra en la capital materia suficiente para llenar su cuadro semanal, que exige incesantemente sucesos y mas sucesos. Hoy, para satisfacer esta necesidad apremiante que no admite espera, vamos á recurrir á una historia extranjera, esto es, acaecida en país extranjero, en uno de esos centros de la moda que dejamos señalados mas arriba, pero motivada por la presencia de los parisienses. En una palabra, el lugar de la accion es Baden, y el protagonista un peluquero.

Figúrense, pues, nuestros lectores, un inmenso salon espléndidamente iluminado para una gran fiesta, y vacío á la hora de empezar de lo mas escogido de la elegancia parisiense. ¿ Quién podia explicar aquel enigma ? ¿ á qué motivo atribuir aquella ausencia ? Muy sencillo, á la falta de un peluquero ; todas las señoras convidadas á la fiesta estaban en sus respectivos tocadores esperando al artista de moda, y esperándole en vano, pues un acontecimiento imprevisto debia privarlas de él por aquella noche.

No hay que asustarse si decimos artista, pues el peluquero en cuestion, que es uno de los mas famosos de Paris, no consiente jamás que le den otro nombre ; la voga de que disfruta es inmensa, y naturalmente, saca partido de ella en honra y en dinero. Este año, seducido por las grandes ofertas de sus elegantes parroquianas, se habia decidido á peinarlas en Baden, pero el desgraciado peluquero ignoraba los peligros á que se exponia en ese país, tan hospitalario y tan bueno, segun dicen, para la gente de alto rango, pero tan poco accesible á las artes é industrias extranjeras.

En Baden existe todavía una costumbre digna del siglo XVIII ántes de la revolucion francesa ; cada estado, cada oficio, forma un gremio, en el que los amos reinan sobre los obreros con una autoridad despótica ; no sufren el menor atentado contra los privilegios que su diploma les concede, y cuando un forastero se presenta con la pretension de ejercer su propio oficio, le rechazan y persiguen con un encarnizamiento sin ejemplo.

Esto fué lo que le sucedió al artista parisiense, debiendo advertir, además, que entre los privilegiados de la industria de Baden, los mas feroces son los peluqueros. Aunque no han ade-

tantado un paso de cincuenta años acá, no por eso se resignan á ceder el puesto, y para demostrar á todo el mundo que su ciencia está al nivel de todas las exigencias, en cuanto despunta la primavera añaden á sus diversos títulos mencionados en su muestra este simple renglon: *Se riza el pelo.*

Saber rizar el pelo es para los peluqueros de Baden el último límite del arte; cuando uno de ellos ha logrado llenar una cabeza de sortijillas y de bucles, cree haber alcanzado el grado supremo de la elegancia y del buen gusto.

Así fué que el gremio se alborotó, al punto que cundió la noticia de la llegada del artista parisiense, y reunido en consejo extraordinario, decidió nombrar al mas elocuente de los maestros para que fuera á notificar al intruso que su presencia allí era contraria al órden y á los intereses de la peluquería badense.

Efectivamente, el embajador llenó su cometido, y en apoyo de aquella declaracion, le citó el texto de la ley en cuya virtud le está prohibido á todo extranjero el manejar el peine y las tenacillas en territorio de Baden.

El peluquero parisiense aturdido con aquel contratiempo inesperado, observó que no tenia intenciones de establecerse en el país; que era simplemente un artista de paso, y que habia ido como agregado á la comitiva de sus parroquianas parisien-ses, á quienes debía peinar en el extranjero, pero que respetaría las cabezas indígenas.

— Pero esas señoras que llama Vd. sus parroquianas están en nuestro propio territorio, y nos pertenecen, respondió el embajador de los peluqueros. La ley, amigo mio, no admite réplica, y por consiguiente, en nombre de la respetable corporacion de que formo parte, le prohibo á Vd. que se abstenga de ejercer su oficio, advirtiéndole que á la menor infraccion que Vd. cometa, será Vd. castigado severamente.

Y dicho esto, el embajador se retiró frishcado como un portugués en un acto solemne.

El peluquero quiso tomar informes ántes de darse por vencido, y efectivamente llegó á saber que su posicion era crítica en extremo; el derecho estaba contra él, no hallaba ninguna escapatoria.

Sin embargo, le quedaba un recurso, cual era el de ajustarse con un peluquero del país para trabajar bajo su patrocinio. Terrible condicion para un artista célebre, pero no habia mas remedio que pasar por ella, á ménos de dejar abandonadas sus parroquianas á discrecion de aquella horda de malos barberos. El artista hubo de someterse, pues, y mediante la oferta de cuarenta pesos mensuales, el mas humilde de los maestros consintió en tomarle á su servicio, permitiéndole que ejerciera en su nombre en calidad de aprendiz peluquero.

¡Qué humillacion! ¡el preferido de la aristocracia parisiense, el genio creador que ha inventado tantos tocados elegantes, el artista que corre por Paris en un tilbury á la última moda, y que lleva dos pesos por visita, como un príncipe de la Facultad de Medicina, reducido á la triste condicion de pasar por el aprendiz de un ignorante barbero!

Es verdad que en premio de su sacrificio, y en compensacion de la dura prueba que sufre su amor propio, la voga le colma de caricias y sonrisas. Todas las altas señoras de Baden, condesas y baronesas alemanas, marquesas italianas y nobles ladías, además de la aristocracia parisiense, no quieren otras manos que las suyas, y su fama se establecerá por todas las cortes de Europa en el próximo invierno.

Fácil es figurarse la rabia que devora en el dia á los peluqueros badenses; reducidos á las cabezas vulgares, descargan su furia contra el mal compatriota que les ha vendido, prestando su nombre para un subterfugio aborrecible, y este, viejo barbero astuto y malicioso, para disimular el juego y evitar querellas con los envidiosos, se ha empeñado en que el peluquero parisiense debe desempeñar su papel de aprendiz á ciertas horas del dia, en medio de la tienda, y ha sido preciso obedecerle.

— Afeite Vd. á este, corte Vd. el pelo á este otro, le dice el amo, y el parisiense acostumbrado á tocar blancas frentes y sedosas cabelleras, se ve obligado á llevar la navaja y las tijeras sobre las barbas y cabezas incultas de los campesinos badenses.

Pero no es esto todo. Una mañana entra en la barbería un alemán estético, que desembarazándose de su chaqueta, y alzando la manga de su camisa, presenta el brazo desnudo al parisiense.

— ¿Qué quiere? pregunta este con asombro.
— Quiere que le sangren; tome Vd. la lanceta que está en el cajón de la mesa.

El barbero de Baden es parecido al barbero español, todo lo sabe; no solo afeita y riza el pelo, sino que acomete con todas las operaciones del cirujano. Figaro es un barbero teatral de cuya ignorancia se rien mucho los sapientes barberos de Sevilla.

— ¡Yo, sangrar! exclamó el parisiense, es imposible.
— Amigo mio, repuso friamente el amo, de un momento á otro me pueden llamar ante los tribunales, y los jueces me obligarán á declarar, previo el juramento, que se halla Vd. al corriente de las diversas funciones de nuestro estado, y que ejerce Vd. por mi cuenta: yo, por nada en el mundo juraré en falso, y mi silencio será la confesion de un fraude por el cual seremos castigados ambos severamente. Así pues, tome Vd. la lanceta.

— Pero puedo equivocarme.
— No tenga Vd. cuidado, que yo le diré donde debe darse la punzada.

El peluquero francés, obedeciendo á la necesidad, tomó el instrumento, picó la vena y estuvo á punto de desmayarse, cuando vió las gotas de sangre que le saltaron á la mano.

¿Qué mas dirémos? el artista parisiense tuvo que sufrir otras pruebas por el mismo estilo, inclusa la de arrancar muelas, pero por fin llegó un momento en que cansado de ejercer tantos oficios diferentes, y llamado á ejecutar una operacion de cirujano de quinto año, salió de la tienda á toda prisa, y dejándolo todo, se dirigió al embarcadero del camino de hierro...

A la noche siguiente se celebraba aquella reñion de que

hemos hablado en un principio, á la que no asistian las principales convidadas, por la inesperada fuga de su peluquero.

De Baden pasarémos á Spa, donde ha tenido lugar una aventura que ha estado á punto de sumergir en la desolacion á toda una familia.

Existe en Paris un novelista muy conocido por sus obras, pero muy poco por su persona. Consagrado exclusivamente al trabajo, con un ardor de verdadero artista, rara vez sale de su casa donde pasa sus horas en el retiro dedicado á desarrollar las fantasías, producto de su imaginacion brillante. Modesto en demasía, jamás el público ha visto su retrato al frente de sus libros, y mucho ménos entre las vidrieras de los estamperos, ni en las exposiciones públicas de cuadros. Este incógnito personal del escritor, ha dado márgen á un fraude que en otras ocasiones se ha puesto en juego ya contra varios autores bien conocidos de rostro y de figura.

A principios de julio, un jóven elegante llegó á Spa, y se apeó en una de las mejores fondas, dándose á conocer en ella bajo el nombre de M. N... el novelista.

Su llegada produjo una viva sensacion en todo el pueblo. El aventurero era buen mozo, tenia algun talento y desempeñó su papel perfectamente. Todo el mundo le festejaba y le obsequiaba, y en breve llegó á ser el personaje principal de la concurrencia; él disponia las diversiones y los paseos; él reinaba en los salones, y á él se dirigian todas las lisonjas.

Sus palabras pasaban por oráculos; todo cuanto hablaba caía en gracia. Cuando salia la conversacion de sus obras fingia una modestia encantadora, y se expresaba como un hombre que las habia leído con cuidado.

Provisto de algunos ejemplares de sus novelas, los iba regalando á las personas mas notables de la sociedad, escribiendo de su letra en la primera página la correspondiente dedicatoria.

Las cartas que le venian de Paris traian el siguiente sobre:

« A M. N... novelista, en Spa. »

El aventurero solia olvidar algunas de estas cartas en las reuniones, con el descuido natural de los hombres de inteligencia, y si los curiosos, movidos por una culpable indiscrecion, echaban una ojeada á su correspondencia, no hallaban mas que adulaciones é instancias de los libreros, de los editores, pidiendo al novelista los manuscritos prometidos y anunciados al público.

Todo esto producía un efecto prodigioso. El fondista, participando también del entusiasmo general, habia dado al autor el mejor aposento de su casa, y le habia abierto un crédito ilimitado, dejando que subiera la cuenta sin escrúpulos, bien seguro de que los editores, ántes de acabarse el estío, le enviarían un legajo de billetes de banco.

Habría sido capaz de darle casa y comida grátis, pues en lo sucesivo habria podido decir á los forasteros:

— Aquí vivió M. N... el novelista; este era su cuarto, esta la mesa en que escribió algunas de sus mejores páginas, aquí están sus plumas, su tintero, etc., etc.

Y quizá esas plumas las comprarían los ingleses, y darían por ellas sumas exorbitantes.

Su precioso huésped le dijo una mañana: — Estoy componiendo una novela sobre Spa; algunas escenas pasarán en esta fonda, y Vd. figurará en ellas.

El posadero estuvo á punto de ahogarse de júbilo, pensando que su nombre pasaria á las generaciones futuras.

El triunfo era completo; todo le sonreía, pero sin embargo el impostor no se daba aun por satisfecho.

Entre los extranjeros reunidos en Spa habia una jóven francesa, hija única de un comerciante retirado, que la daba una dote opulenta. El aventurero se dirigió á esta señorita, con intenciones conyugales, y la familia le recibió con mil amores, como le recibia todo el mundo. Inmediatamente escribieron varias cartas á Paris pidiendo informes sobre M. N... el novelista, y como no podia ménos suceder, la primera respuesta que recibieron fué satisfactoria y cumplida.

La jóven se hallaba enamorada, la familia consentia en el casamiento, y ya se preparaba el contrato de boda, cuando los padres de la jóven recibieron una segunda carta de Paris, escrita por un amigo encargado, como hemos dicho, de tomar informes, cuyo contenido era el siguiente:

« Amigo mio: M. de N... es un hombre honrado y un buen partido para su hija de Vd.; pero hay un pequeño inconveniente para este enlace, y es que M. N... está casado y tiene dos hijos. »

El padre de la pretendida mostró la carta al aventurero que, sin atreverse á contestar una palabra viendo descubiertos sus ardidés, se fugó á toda prisa de Spa, sin que se haya sabido hasta ahora su paradero.

MARIANO URRABIETA.

A mis ojos.

Qué gozo en esta mansion
En que el sol del mediodía
Desde su excelsa region
La baña con profusion,
Con esplendor y alegría.

Qué gozo si la Artemisa,
De ese vecino balcon,
Mecida por leve brisa
Causa plácida sonrisa
A quien fija su atencion.

Ni si el tranquilo vecino
En su ventana á deshora,

Llora su aciago destino
O admira el poder divino,
Al saludar á la aurora.

Ni si la jóven risueña
Que á su reja se asomó
Quiso advertir una seña
Que un mancebo la cifró,
O si esquivó la desdeña.

Ni cuando niños, en fin,
En ese palio agrupados
En su inocente festin
De un sonrosado carmin
Se ven sus rostros bañados.

Nada gozo en ti morada,
Solo de espinas y abrojos
Hallo una senda sembrada
Que la atraveso guiada
Por la inercia de mis ojos.

Que cubiertos con un velo
De una densa oscuridad,
Ni ven tierra, ni ven cielo
Ni el limitado consuelo
De advertir la claridad.

Ni los divinos primores
Del arte y lá creacion,
Ni la luz ni los colores;
Solo ven luto y horrores,
Tinieblas y confusion.

En tan grande desventura,
En medio de tu esplendor,
Al comprender su tortura
Me produce una amargura,
Que fallezco á su rigor.

Do quiera que el paso guio
Me persigue, por mi mal,
Y aunque mas la desafio
Se burla y torna en pos mio
Con un aspecto infernal.

Unas veces apoyada
De tu reja en el dintel,
Por el aroma guiada,
Fijo mi inerte mirada
En un hermoso clavel.

Otras quiero contemplar
Tus adornos y pinturas;
Pero vengo en recordar
Que solo puedo admirar
Sombras horribles y oscuras.

Entónces voy angustiada,
Con el corazon desecho,
La mente desordenada
Y el alma despedazada,
A revolverme en mi lecho.

Pero al cruzar el umbral
De tu espacio reducido,
Tropiezo con el cristal,
Y una caída mortal
Me hace quedar sin sentido.

Pobre ciega desolada
Lloro mi aciago destino
A este mundo encadenada
Esperando resignada
El final de mi camino.

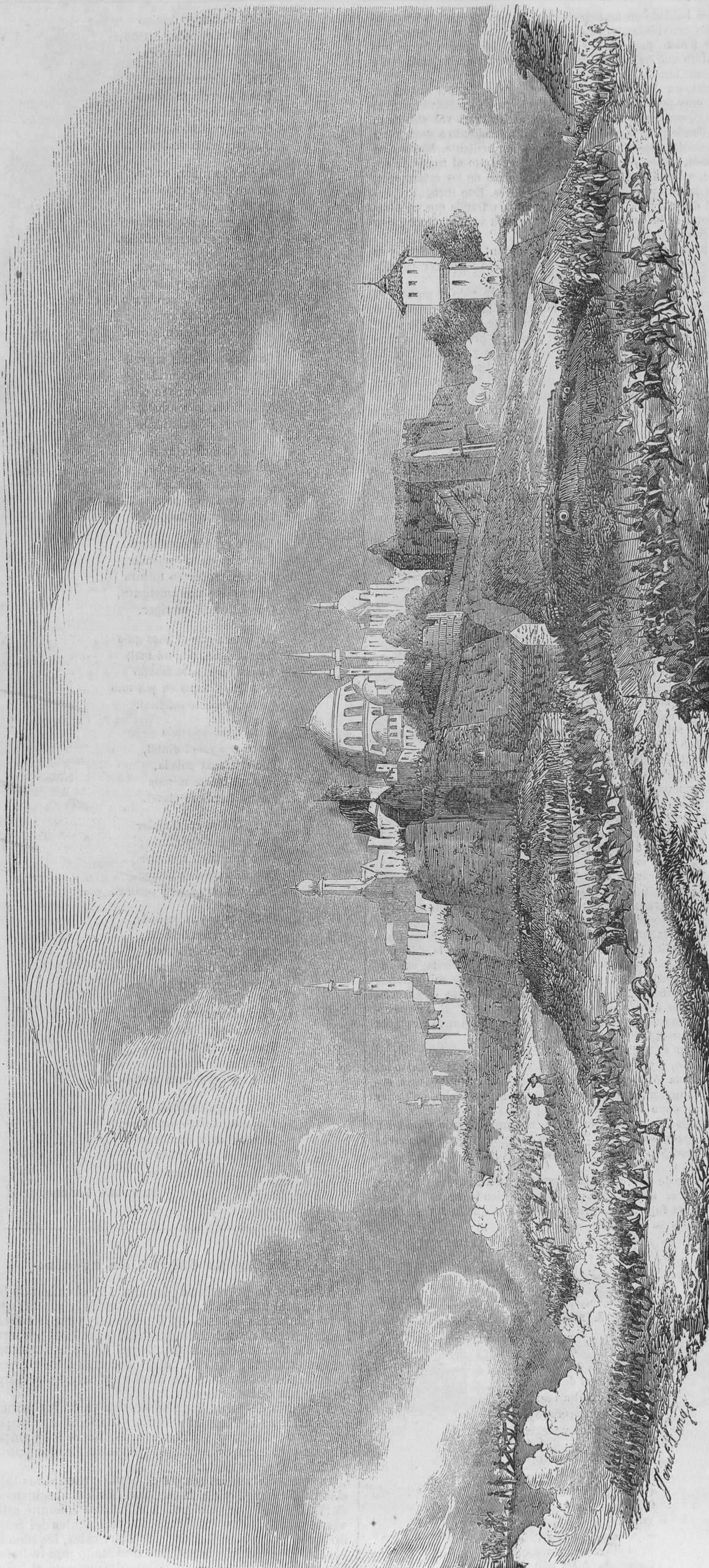
PASCUALA FALERO.

Las fiestas del 15 de agosto.

A las seis de la mañana del dia 15, el cañon de los Inválidos anunciaba á los habitantes de la capital que iba á celebrarse la fiesta del Emperador, para la cual se habian hecho de antemano grandes y costosos preparativos. La administracion municipal de Paris inauguró esta solemnidad, distribuyendo socorros á los menesterosos, por conducto de los alcaldes y de los miembros de la junta de beneficencia.

A las diez de la mañana se notaba ya en las principales arterias de Paris una extraordinaria animacion; en la calle de Rivoli y los boulevards, hacía los Campos Eliseos y el Campo de Marte, que eran los dos puntos principales de la fiesta.

Después de la misa mayor se cantó en todas las iglesias un *Te Deum*, y en la catedral ofició el arzobispo de Paris, asistido por su clero. A esta misa solemne estuvieron presentes los ministros, los presidentes del Senado y del Consejo de Estado, los mariscales, los senadores, los diputados y consejeros de Estado que se hallaban en Paris, así como el tribunal Supremo, el tribu-



Fiesta del 13 de agosto. — Evoluciones militares en el Campo de Marte. — Sitio de Silistria.

nal de Cuentas, lo principal de la magistratura, los prefectos del Sena y de Policía, los miembros del Consejo Municipal, los miembros del Instituto y del consejo superior de Instrucción pública, los profesores de las diversas facultades y del Colegio de Francia, el mariscal comandante en jefe del ejército de París, el general comandante de la guardia nacional y su estado mayor, los oficiales generales de todas armas, y los jefes y empleados principales de los ministerios y oficinas públicas.

En los Inválidos se celebró una misa militar seguida del *Te Deum* en presencia de S. A. I. el príncipe Jerónimo Napoleón. S. A. I. fué recibido y acompañado por el general de división conde de Ornano, gobernador de los Inválidos, rodeado de su estado mayor.

Después de la ceremonia, S. A. I. acompañada de su estado mayor, fué á visitar la tumba de su hermano Napoleón I; el mayor recogimiento reinó en esta augusta visita; todos los asistentes se arrodillaron ante los restos inmortales del capitán más grande de la época.

A la una la marea popular había crecido hasta lo sumo. La circulación estaba casi interrumpida en ciertos parajes, y cada cual se preguntaba donde podría haber un espacio capaz de contener una muchedumbre tan inmensa.

La autoridad, para satisfacer todas las exigencias y para diseminar la multitud lo más posible, había tomado la precaución de dividir en muchas partes los recogijos públicos.

Los arrabales del Temple, Saint-Antoine y Bercy tuvieron el centro de su fiesta en la barrera del Trono, donde se habían establecido dos teatros, en los que se representaron grandes pantomimas. Además había también en la barrera del Trono cuatro cucañas con buenos premios encima.

La muchedumbre, sin embargo, se había dirigido en masa al Campo de Marte, donde estaba anunciado un simulacro representando el sitio de Silistria. En todos tiempos, el pueblo ha gustado siempre mucho de las evoluciones militares, y seguramente los episodios de ese sitio memorable en que el ejército turco ha luchado contra las principales fuerzas del supuesto coloso del Norte, no podían menos de excitar la curiosidad é interés en alto grado.

Las decoraciones de la defensa de Silistria, que se ven reproducidas en nuestra lámina, se deben á los hábiles pintores Cambon y Thiéri, de la Academia imperial de Música: representan la fortaleza de Silistria, en primer término el fuerte de Abdul-Medjid, y en el fondo la villa de Silistria.

La acción de este inmenso drama militar se suponía que comenzaba al amanecer; he aquí, en cuatro palabras, su argumento:

Una porción de centinelas están alerta sobre las fortificaciones de la ciudadela y del fuerte de Abdul-Medjid.

Se oye el toque de diana; se bajan los puentes levadizos, y los turcos forman un puesto avanzado.

Llega á todo correr un aldeano, y cae á los pies del primer soldado turco del puesto avanzado.

El comandante le hace llevar ante Mussa-bajá, quien le tranquiliza, é interrogándole bondadosamente, sabe por él que los cosacos corren por la comarca saqueando y quemando cuanto encuentran.

Se oyen algunos tiros, y se ven algunos aldeanos huyendo con sus familias y cargados con algunos envoltorios; varios cosacos les persiguen y les roban todo lo que llevan.

Los soldados del puesto avanzado tiran contra los cosacos, y por orden de Mussa-bajá, un pelotón de caballería carga sobre los cosacos que se fugan apresuradamente: uno de ellos roba una joven campesina.

Los aldeanos se presentan á Mussa-bajá que les recibe con benevolencia, y les promete su protección; todos se arrodillan delante de él, en señal de agradecimiento.

Las avanzadas se repliegan viendo que el general Gortschakoff acude á tomar posición delante de la ciudadela.

El general Gortschakoff traza el plano del sitio. Se principia la construcción de una batería contra el fuerte de Abdul-Medjid.

Los turcos tratan de destruir esta batería sin poder lograrlo.

Colocadas las piezas de artillería, rompen el fuego contra el fuerte.

Los turcos contestan; el batallón ruso se lanza al asalto, y es rechazado por los turcos.

Gortschakoff ordena un nuevo asalto; algunos rusos, que escalaron las trincheras, son arrojados por encima de los bastiones.

Cesa el fuego por ambas partes, y se presenta un oficial ruso pidiendo permiso para hablar con Mussa-bajá.

El parlamentario le pinta la posición de Silistria, y le aconseja que se rinda, prometiéndole de parte del Czar honores y riquezas.

Mussa-bajá rechaza con desprecio las proposiciones del oficial ruso, que se retira.

Nuevo asalto por parte de los rusos.

Los turcos hacen una salida; la caballería turca carga á los rusos; seis piezas de artillería caen en poder de los turcos.

Llega un enviado de Omer-bajá anunciando que pronto llegarán socorros, y entrega una espada de honor á Mussa-bajá.

La primera parte de esta obra militar se acaba con una fiesta; veinticuatro amazonas ejecutan una danza armada y un galope de banderas.

La segunda parte de la defensa de Silistria es, como la primera, una serie de salidas y de ataques, en los cuales quedan heridos el conde Orloff y el general Schilder, el uno mortalmente; llega entonces el general Paskiewitsch, entrega al general Gortschakoff la orden del Czar que le nombra comandante del ejército sitiador, y sus disposiciones para un asalto decisivo.

Vuelve á principiar el fuego; toda la línea de los rusos se adelanta, pero experimentan una derrota completa.

En esta accion sale herido mortalmente Mussa-bajá, y la pieza se termina por la muerte y la despedida del héroe defensor de Silistria á su familia y amigos.

Se calcula á 200,000 personas el número de espectadores reunidos en el Campo de Marte á presenciar las peripecias del drama de Silistria.

En frente de la Escuela Militar habia un teatrillo de volatineros.

Concluida la pieza militar se efectuó la ascension de muchos globos. M. Godard, el célebre aeronauta, subió en un globo de 14 metros, que llevaba sobre su zodiaco los nombres de las cuatro potencias la *Francia*, la *Inglaterra*, la *Alemania* y la *Turquia*, que iban además representadas por cuatro mujeres con trajes alegóricos, agrupadas en torno de M. Godard, cada cual con la bandera de su nacion respectiva.

A su salida, M. Godard lanzó 300 globos correos, cada uno con el nombre de uno de los buques de las tres flotas combinadas.

Mientras los curiosos del Campo de Marte aplaudian la vergonzosa retirada de los rusos, las orillas del Sena presentaban, en un trecho inmenso, un espectáculo diferente, cual era el de dos filas largas y compactas de cabezas que se movian al sol, presenciando las regatas y otros ejercicios náuticos de los barqueros parisienses.

A las dos de la tarde abrieron los teatros sus puertas, sitiadas desde por la mañana por un gentío incalculable. El gobierno habia dado las órdenes convenientes para que en cada teatro la representacion se compusiera de las mejores piezas del repertorio, ejecutadas por los primeros artistas. Rachel vino de Bélgica, con el fin de trabajar en *Andromaque*, en el Teatro Francés, y arrancó, como de costumbre, aplausos entusiastas. En la Opera se dió *Roberto el Diablo*, en la Opera-Cómica *Haydée*, en la Gaité los *Cosacos*, y *Schamyl* en la Puerta de San Martin; estas piezas de circunstancias produjeron un efecto prodigioso sobre la muchedumbre.

El gobierno habia mandado que no se reservara ningun puesto para nadie en los teatros, excepto el palco del Emperador.

Para dar á nuestros lectores una idea de la afluencia de gente que hubo en los teatros, dirémos que en un palco de proscenio de la Opera-Cómica, donde no caben mas de seis personas, habia cuarenta.

Hubo un momento de descanso en las alegrías de la fiesta desde las cinco de la tarde hasta las siete, momento en que la muchedumbre se aumentó en inauditas proporciones.

En el jardin de Tullerías se habia organizado un concierto (véase la primera lámina de este número) bajo la direccion de los señores Landelle y Mohr, director de orquesta, con 200 ejecutantes, de las bandas de música de los guías, que tocaban piezas escogidas.

A eso del anochecer, 3,500 obreros divididos por brigadas y pelotones, marcharon á los sitios que les estaban designados de antemano para iluminar las inmensas líneas arquitectónicas de las Tullerías y el jardin, la plaza de la Concordia y el paseo principal de los Campos Eliseos, ricamente adornados con pórticos calados al estilo morisco, arcos de triunfo, guirnaldas, arañas, etc., iluminacion admirable y sorprendente, muy superior á cuanto uno puede imaginarse. Todos los edificios públicos se hallaban igualmente iluminados espléndidamente.

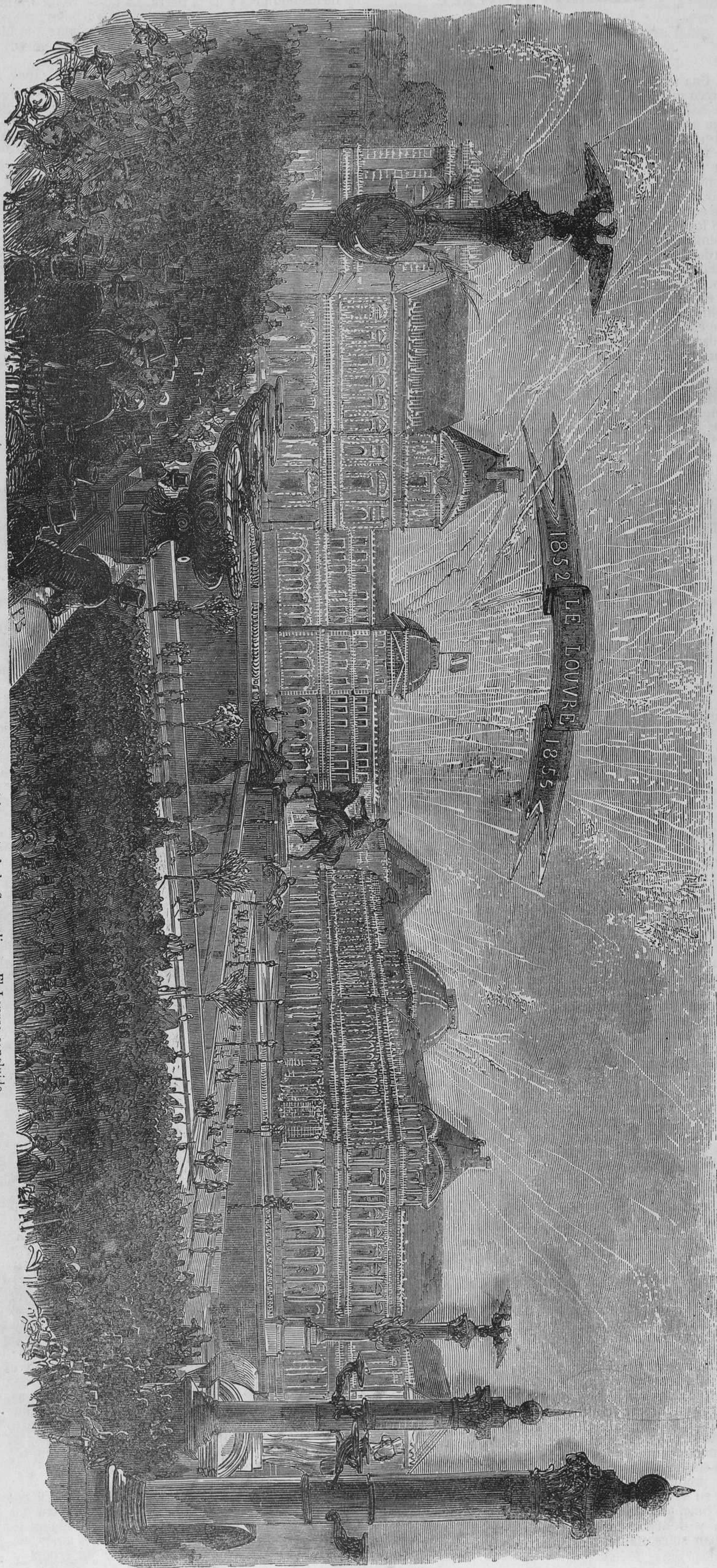
De las ocho á las nueve, mas de 500,000 personas cubrian la plaza de la Concordia y los Campos Eliseos, esperando la señal de los fuegos artificiales, que en efecto no se hizo esperar mucho; la pieza principal representaba (como se ve en nuestro dibujo) la fachada y las dos alas del palacio del Louvre, tal como existirá este monumento cuando los trabajos que se ejecutan en él se hallen terminados. Sobre la bandera nacional, que flotaba encima de la cúpula del edificio, se leia *el Louvre, 1855*.

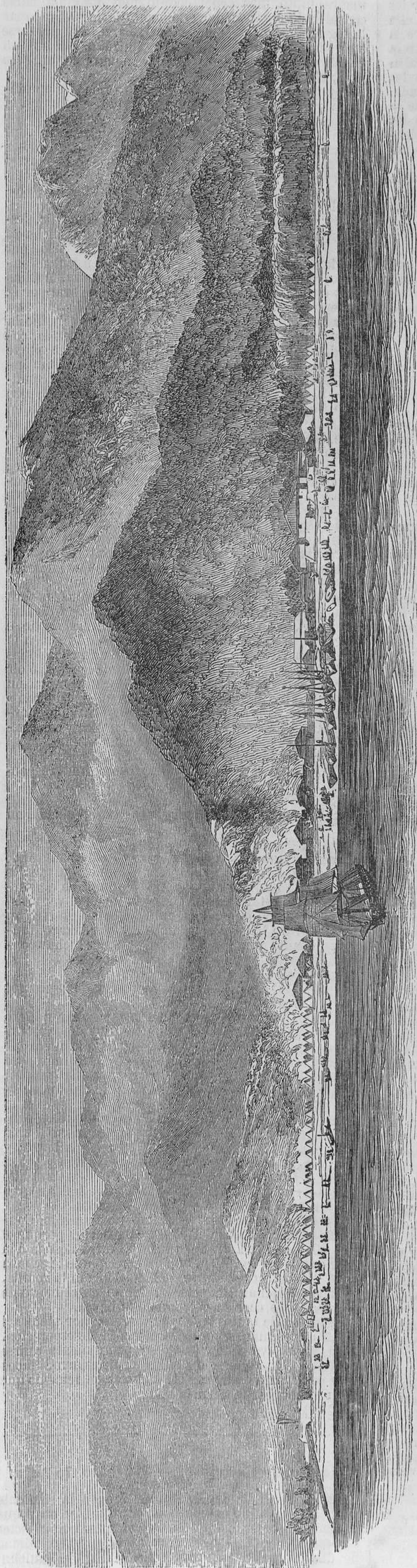
En el primer término de esta decoracion que, á lo ménos, tenia ochenta metros de fachada, habia una estatua ecuestre, representando al jefe de la dinastía napoleónica, vestido de emperador romano. En el bajo-relieve del pedestal se leia *Napoleon I*, y á los lados habia dos figurillas alegóricas, bajo las cuales se leia: *Pax*; *Bellum* (la Paz y la Guerra).

Los curiosos se hallaban extasiados todavía ante las últimas chispas de este monumento de fuego, cuando se echó en los aires el *ramillete* llevando hasta las nubes trescientas bombas de variados colores.

A la misma hora habia en la barrera del Trono otros fuegos artificiales, pero de menores proporciones. A pesar de todo aquel gentío, no ha habido que deplorar ninguna desgracia entre la muchedumbre.

Fiestas del 15 de agosto. — Fuegos artificiales del puente de la Concordia. — El Louvre concluido.





Vista del campo de Tchuruk-Su, tomada de la mar.

da un precio inestimable á su narracion tanto como á sus cuadros. He aquí el contenido de su carta :

« Al volver de la nueva expedicion que acabo de hacer, me apresuro á enviar á Vds. noticias y dibujos, por la primera ocasion que se me presenta. Salido el 6 por la mañana á bordo del *Cacique*, para acompañar al almirante de Baldjick á Varna donde debia tener lugar una revista ordenada por el Mariscal y Omer-bajá, y de vuelta la misma tarde por Baldjick, el almirante me mandó que me dispusiera á desembarcar del *Cacique* para embarcarme á la mañana siguiente en la fragata de vapor el *Vauban*, que salia con una mision particular. Efectivamente, el 7 á las doce del dia volviamos á Varna á tomar 1000 hombres de tropas turcas, mientras otras tres fragatas del Sultan embarcaban tambien 1000 hombres cada una, y al dia siguiente aparejamos para Tchuruk-Su, campamento del ejército de Asia á las órdenes de Selim-bajá, cuyas tropas acababan de sufrir un descalabro.

» Ya comprenderán Vds. que no puedo entrar en los detalles de la mision del *Vauban*, que era bastante importante puesto que el mariscal habia enviado á bordo á un jefe del batallon de ingenieros, M. de Saint-Laurent, y al capitán Bertauts del estada-mayor, así como á dos oficiales ingleses del cuerpo de ingenieros, encargados cada cual de una mision especial; nuestro valiente comandante llevaba tambien por su parte instrucciones particulares. No quiero anticipar nada sobre los acontecimientos que van á desarrollarse naturalmente como explicacion de mis dibujos. El 11 llegamos á Tchuruk-Su, campamento fortificado á orillas de la mar, con buenas trincheras, algunos bastiones y unas treinta piezas de artillería. Selim-bajá que habia venido á bordo en cuanto llegamos, mandó disponer en la playa buenos caballos de montar, de suerte que en cuanto hubimos desembarcado, nos hizo pasar la revista de su ejército.

» Muy largo seria entrar en todos los detalles, y por eso me limito estrictamente á lo necesario para satisfacer la curiosidad de los lectores.

» Selim-bajá es un hombre tan afable como valiente; me permitió que sacara su retrato, lo que es bastante difícil de obtener en Turquía. Hablé largo tiempo con él, y los dibujos de la batalla de Usurghet que envío á Vds. están tomados segun sus propios planos.

» Selim-bajá habia establecido delante de



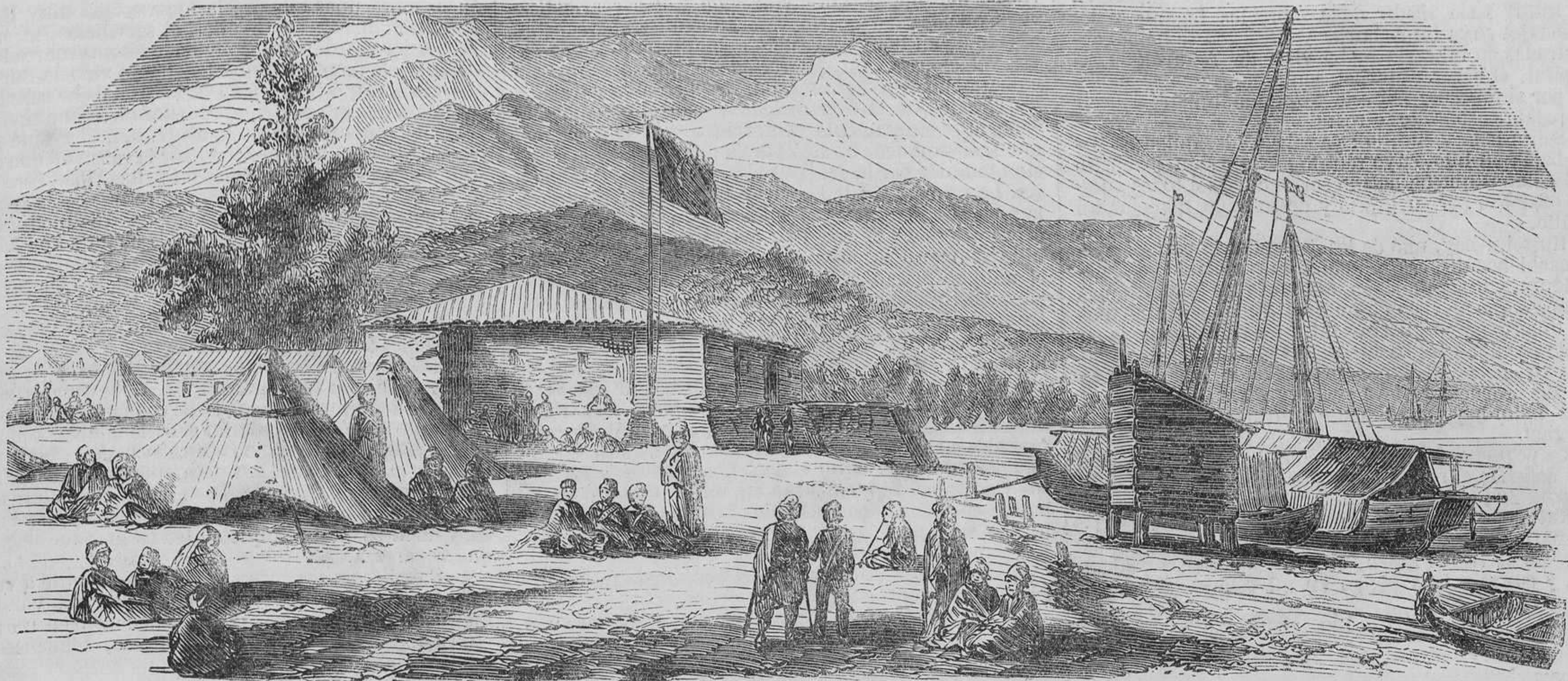
Selim-baja y su hijo.

Tchuruk-Su dos puntos fortificados, el primero en Utchamur, á cinco leguas de Tchuruk-Su, y el segundo en Usurghet, á seis leguas de distancia. Los mingrelianos le instaron para que atacara á los rusos, prometiéndole que una vez empeñada la accion, caerian ellos sobre la retaguardia de los rusos. Quizás Selim-bajá habria debido desconfiar un poco de los mingrelianos vendidos á los rusos, en su mayor parte, pero lo cierto es que salió de Tchuruk-Su con unos nueve batallones de infanteria regular, cuatrocientos caballos regulares, unos cuatro



Husscim-bey y el joven Issim-bey.

Janet Lange



Hospital de Tchuruk-Su.

mil bachi-bozüks y trece piezas de artillería, y tomó posesion delante de su campo fortificado de Usurghet, campo que, como se ve en el dibujo, estaba á la orilla de un bosque, y abierto por un lado. Al dia siguiente fué atacado por los rusos con fuerzas triples en número; pero sin embargo los rusos fueron rechazados cuatro veces con pérdidas considerables. Selim esperaba con impaciencia la diversion de los mingrelianos. Los rusos atacaron por quinta vez, y de repente Selim-bajá que se apoyaba en su campo fortificado, débilmente defendido, ve que le atacan y le toman aquellos mismos mingrelianos que debian ayudarle contra los rusos. Los bachi-bozüks



Bazar del campo de Tchuruk-Su.

fueron los primeros que cejaron, y luego siguieron los regulares, que se retiraron en buen orden, pero en esta retirada tuvieron que abandonar uno á uno sus cañones, que arrastraban á fuerza de brazo, pues los caballos habian perecido en la refriega, y Dios sabe lo que habria sucedido sin la precipitacion con que lo abandonaron todo; pero me apresuro á terminar esta carta. Por el próximo correo enviaré la continuacion con los correspondientes dibujos. Adjunta va la nomenclatura de los dibujos que envio; son los primeros que se publicarán sobre este ejército de Asia, cuya existencia era casi un misterio. Repito que en el próximo correo enviaré el complemento de es-



J. GAILDRÁU

Usurghet.

«e viaje cuyo fin es mas interesante que el principio.

« Inútil sería añadir nada sobre los lugares y los personajes cuya importancia y precision se hallan demostradas en mi carta. — La vista de Tchuruk-Su, el hospital, el bazar Usurghet, son dibujos que se explican por sí mismos; por esta razon me limitaré á decir dos palabras sobre los otros:

« Selim bajá y su hijo: ya saben Vds. quien es Selim-bajá; su hijo, cuyo retrato envío, es un jovencito de doce años que ha dejado sorprendidos á todos nuestros oficiales, por su gracia y destreza en manejar un caballo.

« Husseim-bey, uno de los jefes mas importantes de los bachi-bozucs, es un hombre muy notable; de buena figura, y bastante jóven, es uno de los hombres mas hermosos que he visto en mi vida. Todos sus hermanos han muerto en su guerra contra los rusos. Paga de su propio peculio á los bachi-bozucs que le tienen un cariño extremado. El campo fortificado de Uchamur está bajo sus órdenes, y lleva siempre en su compañía al jóven Issim-bey, cuyo padre murió en la batalla de Usurghet.

« La pequeña fortaleza de Sueris (véase la página 156) defiende el río que pasa por detrás del campo de Tchuruk-Su; es una antigua fortificación genovesa.

« Kuttais es una ciudad situada en el camino de Tiflis, cuartel general del ejército ruso de Georgia, á unas 25 leguas de Redut-Kaleh, cuya destruccion ya saben Vds., y cuyas ruinas pongo en mi dibujo. (Véase la página 156).

» DURAND BRAGER. »

El lago Blanco (Balta-Alba).

(Conclusion.)

V.

CONTRASTES.

« Pronto se estableció entre nosotros una intimidad agradable.

— Señores, les dije despues de haberles contado los incidentes de mi viaje, aquí me teneis bajo la impresion de una sorpresa que, en las últimas veinticuatro horas, ha tomado proporciones colosales; no os extrañeis pues que os dirija varias preguntas que podrán pareceros estrambóticas. Decidme primeramente, ¿por qué razon os encuentro cubiertos con cascos y corazas de fango? ¿Es un voto sagrado, como el que consistia en cubrirse de ceniza la cabeza?

« El jóven del turbante me respondió sonriendo:

— No señor, es simplemente porque el fango que se encuentra en el fondo de este lago, tiene, segun dicen, la propiedad de sanar los reumatismos, los dolores de cabeza, etc. aplicado en las partes dolientes.

« Esta explicacion me dió la llave del misterio que habia llamado mi atencion un rato ántes; el de los cáveres que yacian al sol á las orillas del lago.

— Otra pregunta, señores, añadí; en las conversaciones de las mujeres que se están bañando, he oido varias palabras latinas; ¿cómo se conocen en esta comarca esas palabras de la lengua de Ciceron?

— Es muy sencillo, caballero, porque la Moldavia y la Valaquia, así como las provincias de la Besarabia, la Transilvania y la Bukovina, se hallan habitadas por los descendientes de las colonias romanas establecidas en estas regiones por el emperador Trajano.

— ¿Con qué entónces descendéis aquí de los antiguos amos del mundo?

— Ciertamente; preguntad quién es á un cualquiera, y os responderá que es romano; entrad luego en conversacion con él, y os extrañará hallar en su lenguaje no solo una infinidad de palabras latinas, sino también algunas antiguas expresiones jalas, totalmente olvidadas en Francia hoy, y que se encuentran en Rabelais.

— De ese modo, caballeros, podemos llamarnos parientes.

— Y amigos, añadió tendiéndome la mano uno de los cuatro jóvenes que todavía no habia tomado parte en la conversacion.

Mil gracias, señores; pero á ese doble título, permitidme que os dirija algunas preguntas sobre vuestra patria, parecida en efecto á la mia, si se encuentran en ella muchos hombres como vosotros; decidme pues, si este país está civilizado, ó si se encuentra aun en el estado...

— ¿Salvaje?

— Justamente.

— Participa de ambas cosas; esto depende de los efectos de óptica.

— No comprendo bien...

— Me explicaré: la Moldo-Valaquia es un terreno neutro, donde se encuentran los contrastes mas extraordinarios; aquí se hallan reunidas á la vez las fases sucesivas de la humanidad desde el principio del mundo, el estado salvaje, la vida patriarcal, la barbarie y la civilizacion. En las estepas encontraréis gitanos errantes que viven como cuadrillas de salvajes. Entrad despues en una aldea moldo-valaca, y examinad detenidamente las costumbres de los aldeanos, así como sus relaciones con su señor, y descubriréis por una parte los hábitos patriarcales de los tiempos primitivos, y por la otra el feudalismo bárbaro de la edad-media. Por último en Bucharest y en Jassy hallaréis los con-

trastes mas notables de civilizacion y de barbarie. Cerca de un soberbio palacio, veréis una miserable cabaña; al lado de un hombre vestido á la última moda de Paris, veréis pasar un desgraciado harapos, y que sin embargo no os pedirá limosna. Despues, si penetrais en los círculos de la alta sociedad, podréis estudiar dos elementos enteramente contrarios, dos generaciones que se distinguen, no solo por la diferencia de la edad, sino tambien por la del traje, las ideas y los sentimientos. La primera, la de los viejos boyardos, pertenece á la escuela ruso-fanariota, y procede del último reino de los príncipes del Fanar, y de la época desastrosa de las últimas invasiones moscovitas, por cuyo motivo habla el antiguo griego perfectamente, y lleva con orgullo las condecoraciones de San Vladimir y de Santa Ana. La nueva generacion, partidaria de las ideas modernas, piensa, habla, obra y se viste como en la capital de la Francia.

« Pero ¿qué necesidad tenemos de buscar tan léjos los contrastes? Echad una ojeada en torno vuestro, y mirad toda una poblacion de hombres y mujeres confundidos en las ondas transparentes del lago. A juzgar solo por esto, mas de un viajero nos trataria de bárbaros y salvajes. Sin embargo en medio de esta herda habeis encontrado por casualidad cuatro indígenas que hablan vuestra lengua y que conocen vuestra literatura y vuestras artes.

« Pero paciencia, salgamos del agua, que ya encontraremos otros contrastes.

« Dicho y hecho; un instante despues estabamos vestidos y penetrabamos en el recinto del campo de Balta-Alba.

« Nada en el mundo me interesó tanto como el paseo que dimos por aquella ciudad improvisada. Al lado de muchas tiendas militares donde se veian oficiales jugando á las cartas, se elevaban casillas de tablas habitadas por negociantes ó boyardos que fumaban gravemente en sus largas pipas de palo de cerezo; mas allá grandes carros cubiertos, transformados en casas de dos pisos; el cuarto bajo representado por el espacio comprendido entre las ruedas, servia de alojamiento á los hombres y á los perros, en tanto que el piso principal se hallaba destinado á las mujeres y á los niños; y tiendas, carros y chozas, todas aquellas habitaciones improvisadas, y esparcidas en desorden á orillas del agua, resonaban con mil voces alegres, y dejaban penetrar libremente las miradas en su interior. Sin misterios, no hay indiscreciones... Aquí los sonidos de una flauta ó de una guitarra, añadian un detalle novelesco al conjunto del cuadro; allí una grande hora de aldeanos valacos recordaba el *chorus* de los romanos que se encuentra en los bajos-relieves antiguos y en los muros de Pompeya; mas allá una miserable carutza de posta se quedaba detrás de un magnífico carruaje de Viena, con un tiro de seis caballos, que transportaba un grupo de verdaderas damas parisienses.

« ¿Qué mas os diré? Era aquel un cuadro sorprendente; un mosaico de todos los contrastes, un museo de todos los trajes europeos, gitanos, judíos, valacos, albaneses, etc., etc., todos relucientes, todos brillando y moviéndose en los rayos del sol.

— Ya veis, caballero, repuso el jóven que se habia encargado de iniciarme en los misterios de la Moldo-Valaquia, el campo es vasto para las reflexiones de un observador sobre el terreno, ignorado todavía, de los principados danubianos. Se diria que el género primitivo domina aquí, pero mirad un poco á la izquierda, y veréis que contraste.

« En efecto, me volví y descubrí dos tiendecillas ambulantes, con estos letreros:

Tienda de modas y novedades de Paris

DE MLE. ALEXANDRINE.

Gabinete de lectura francés y salon de peluquero

DE M. FLOQUET.

« Me quedé atónito. ¡Una tienda de sederías y de encajes en medio de las estepas! ¡un gabinete de lectura francés á las orillas de un lago perdido á setecientas leguas de la Francia!

— Ahí teneis, compañero, me dijo uno de los cuatro jóvenes, como la civilizacion francesa se introduce en este país; una modista, un peluquero y un librero parisienses en estos lugares, dicen mucho en favor de la regeneracion de la Valaquia; pero ya hemos hablado bastante; irémos á almorzar ahora.

« Esta proposicion fué muy bien acogida por todos nosotros, y uno de los jóvenes moldavos, M. N... que me habia llamado mucho la atencion por su figura noble y simpática, nos convidó á todos á su palacio. Subimos inmediatamente en un carruaje, pues en ese país las piernas son inútiles, y pronto llegamos á la aldea de Balta, á la puerta del palacio de M. N...

VI.

VIVA LA FRANCIA.

« El palacio en cuestion era una simple casa de aldeano con dos cuartos, uno ocupado por el amo, y el otro por su numerosa servidumbre.

« La mesa estaba puesta en la pieza principal que habia sido transformada en comedor; una mesa redonda, sostenida por tres piés muy cortos, se hallaba en el

suelo sobre unas esteras; la mesa estaba muy limpia, pero no habia en ella mantel, ni servilletas, ni cristales: el puesto de cada convidado estaba marcado con un cubierto de plata y una botella de vino de Burdeos.

— Señores, dijo el dueño de la casa, os he convidado á almorzar, pero sin comprometerme á suministraros otra cosa que los alimentos; así pues, no hay que pedir vasos, ni servilletas, ni sillas, por la razon de que todos esos objetos son desconocidos en Balta-Alba. Pero para allanar toda dificultad, os propondré tres cosas: primera, que os sentéis sobre almohadones á la moda romana; segunda, que os apodereis cada cual de una botella que os servirá de vaso, y tercera, que imiteis á los ingleses que ignoran el uso de la servilleta. Ahora, señómonos pues, caballeros.

« A estas palabras caimos los cinco á la vez, y nos dispusimos á principiar el almuerzo.

— Señor conde, me dijo el dueño del palacio, no esperéis de mí muchas ceremonias. A la derecha teneis sardinas de Nantes, jamon de Bayona, y pastel de Estraburgo, que os recordarán el occidente gastronómico; á este lado hay truchas escabechadas, pollos á la crema y *mamaliga* moldo-valaca, que os darán una idea del Oriente; por último tambien hallaréis al alcance de vuestra mano los mejores vinos de Moldavia, de Francia y de Alemania, con que no teneis mas que elegir lo que os parezca.

— Caballero, para corresponder dignamente á vuestra amable hospitalidad, seguiré fielmente vuestras instrucciones; pero ya que me encuentro en un país nuevo, permitidme que, contra el uso, comience por un brindis.

— ¡Adoptado! exclamaron todos.

— Señores, repuse yo, brindo á la hospitalidad de los moldo-valacos, y á la prosperidad de su país.

« Un hurra general respondió á mi brindis, y en el mismo instante resonó en el comedor, el ruido de una banda de músicos gitanos con violines, flautas y guitarrillas que se sitió en la puerta, y que tocó sucesivamente muchas canciones nacionales, de baile, de amor y patrióticas, con un conjunto de ejecucion tanto mas sorprendente cuanto que aquellos artistas errantes no conocian una sola nota de música.

« Aquellas melodías populares de un carácter original y algo melancólico, me agradaron y me enternecieron profundamente, pues habia en ellas ciertos acentos lastimeros que manifestaban en aquel pueblo el sentimiento de una gloria y de una felicidad desvanecidas hacia muchos siglos. Una de aquellas canciones, la del *pajarillo temblando cerca de su nido*, produjo tanta impresion en mis compañeros, que sus ojos se humedecieron de lágrimas al oírla.

— No os extrañe nuestra emocion; me dijo uno de los jóvenes; el último canto que acabais de oír encierra una tierna alegoría, sobre el estado desgraciado de nuestra patria. Si conocierais la trágica historia de la Moldo-Valaquia durante los cuatro últimos siglos; si supierais como nosotros cuántas calamidades hace pesar sobre este país el protectorado moscovita, y el sombrío porvenir con que nos amenaza, comprenderiais muy bien nuestra emocion al oír ese canto nacional. *El pajarillo temblando cerca de su nido*, es nuestro país perdido en la sombra mientras que por la Europa se difunde la civilizacion; *la serpiente que roe su nido*, es la corrupcion que siembra aquí la política moscovita, y el *buitre que sube al horizonte extendiendo sus ávidas garras*, es el águila implacable de los Czares que ambicionan las provincias danubianas para extender despues su dominacion sobre Constantinopla, y de allí sobre el resto de la Europa.

— Lo que estais diciendo, le respondí, es para mí enteramente nuevo; pero ¿pensais que las potencias occidentales, la Francia os abandonen?

— Eso depende de las circunstancias; por ahora lo que puedo decir es que la Francia no piensa mucho en nosotros, cuando nosotros pensamos siempre en ella. Sea como quiera, amigos míos; viva la Francia! viva esa Francia querida que nosotros los moldo-valacos vamos á buscar á setecientas leguas de distancia para aprender en ella el amor al progreso y á la libertad! ¡viva esa grande nacion francesa, que amamos hasta en sus defectos, como se aman los defectos de una hermana idolatrada!

« Esta vez me tocó á mí el enternecerme hasta derramar lágrimas, en presencia de aquel cariño leal á mi país, manifestado con tanto ardor por mis nuevos amigos.

« Y esto pasaba en los confines de la Europa civilizada, en medio de las estepas de la grande Valaquia. »

VII.

PARIS EN LAS ESTEPAS.

« Concluido el almuerzo nos trajeron unas largas pipas de palo de jazmin, adornadas con embocaduras de ámbar de mucho valor, despues de las pipas nos sacaron dulces y agua fresca á la moda del país, y por último nos presentaron un rico café en tazas pequeñas, con lo cual finalizó el almuerzo.

« Un instante despues montamos á caballo para visitar las cercanías, donde nada ví digno de mencionarse, si no es un campamento de gitanos establecido á bordo de un arroyo, y que se componia de unas veinte tiendas ennegrecidas por el humo, y apoyadas en grandes carros. Los hombres estaban ausentes, y las mujeres, salvajes, de facciones expresivas y de cutis bronceado,

nos acogieron de un modo feroz, en tanto que sus chiquillos enteramente desnudos, saltaban en torno de nuestros caballos lanzando agudos gritos. Algunas de ellas se ocupaban en preparar la *mamaliqa* en grandes calderos, y otras tomaban el sol ó dormían sosegadas sobre la yerba sin que turbaran su sueño los enjambrados de moscas que tenían sobre sus cabezas.

» Todas aquellas criaturas me parecieron en general bastante hermosas, aunque estaban horriblemente gastadas por el trabajo y la miseria; sus vestidos se caían en andrajos y sus cabellos revueltos presentaban la imágen de las selvas vírgenes; pero si el conjunto de sus personas denotaban la falta de cuidado y de aseo, en cambio sus dientes eran tan blancos como perlas, y sus ojos negros tenían un brillo extraordinario.

» El paseo se prolongó alegremente hasta por la noche, en que me esperaba una nueva diversion... ¡un baile! A eso de las ocho nos dirigimos hácia una construcción de tablas, que llamaban casino, y á medida que nos acercábamos se oían mas claros los sonidos de una orquesta que tocaba un vals de Strauss.

— Vamos, pensé yo, todavía no se habrán acabado los contrastes; hace un instante me hallaba en un campamento de salvajes... ¡y ahora estoy en un baile europeo!...

» En efecto, el espectáculo que se ofrecía á mis ojos en el salon del casino, fué para mí el golpe de gracia; al resplandor de las luces que despedían las arañas, bailaban unas treinta parejas que deslumbraban con la elegancia de sus trajes. La orquesta, compuesta de músicos alemanes, tocaba á la perfección uno de los vales mas selectos de Strauss, y todo el mundo daba vueltas en un alegre delirio. Las jóvenes pasaban y volvían á pasar por delante de mí, poseídas del demonio de la danza, en una auréola luminosa formada por el brillo de sus hermosos ojos, y los deslumbradores reflejos de sus hombros blancos como la nieve. Era cosa de perder la cabeza; el tono, las maneras, los trajes, la conversacion, todo me recordaba Paris. Yo bailé hasta media noche, con las jóvenes mas bonitas que allí habia, hablando en los intervalos, de novelas, música y teatro como hubiera podido hacerlo en una reunion parisiense.

» A las doce, hora fatal, dejé la reunion para subir al carruaje de M. N... que le habia puesto á mi disposicion para volver á Braila. Mis cuatro amigos del lago me acompañaron á caballo hasta la distancia de dos leguas, y por fin se separaron de mí estrechándome la mano afectuosamente.

— Adios, amigo mio, me dijeron; os deseamos un buen viaje, y cuando os halleis de vuelta en vuestra patria; acordaos de los amigos que habeis descubierto en las esteppas de la Valaquia; acordaos de ellos para decir á vuestros compatriotas, que los franceses tienen verdaderos hermanos á setecientas leguas de la Francia... ¡adios!

» Y dicho esto se volvieron á galope; mi carruaje se dirigió rápidamente en sentido opuesto, y en breve no ví mas que unas sombras que desaparecían en el horizonte. Involuntariamente me puse triste, y recapitulando todo lo que habia visto y oído desde la víspera, me pregunté si aquello no era un sueño... Al otro día me embarqué para Constantinopla y luego volví á Moldavia.»

— Y aquí teneis, señoras, dijo al terminar el conde B... la verdadera narracion de mi primera visita á vuestro país; ahora no me queda mas que solicitar vuestra indulgencia por mi charlatanismo de viajero.

B. A.

Mi tia Maria.

El que mas y el que ménos de mis lectores tendrá entre sus relaciones de parentesco alguna tia que se llame *Maria*: pero una tia como la mia la tienen pocos, y el que no la conoce, no sabe lo que pierde. Figúrense Vds. á una señora que frisa en la cuarentena de la edad; pero bien conservada, frescota, casi seductora y en estado de hacer honor al nombre de *Maria*, ese nombre que es el mas hermoso de todos los del calendario. Sí, lo declaro con toda la tranquilidad de mi conciencia y no por espíritu de familia; mi susodicha tia es todavía bastante esbelta y elegante para volver los cascos á media docena de pollitos, y su buen humor es capaz de acabar con el *espin* del gallo mas hipocondriaco y mas rebelde. La infatigable actividad de su vida ha hecho que conserve su rostro la regularidad y la expresion de una fisonomía que siempre fué graciosa, mientras que su aficion á la vida doméstica la ha preservado de que el insomnio y el cansancio estampen en su tez la huella de los fatigosos placeres de la vida del gran mundo.

El secreto de su amabilidad proverbial parece que consiste en haber amado toda su vida. Durante toda ella, con bizarra independencia de un alma pura y elevada, mi tia, como los ángeles, ha osado amar á todos los que ha considerado dignos de tan adorable sentimiento. Jamás se atrevió aquella excelente señora á aprisionar en estrechos y reducidos límites del amor, á esa dulce paloma enviada á los hombres desde el seno del Criador; jamás ligó sus alas inocentes con las severas máximas de una filosofía egoista; siempre dejó en libertad al tierno pajarillo para que revolotease de corazón en corazón, de pecho en pecho, y siempre lo ha visto volver á su nido puro y contento, alegre y cándido. No se vaya á creer por esto que es mi tia una vi-

sionaria ó una loca. Es por el contrario una mujer cuyo corazón y cuya inteligencia están impregnados de una poesía, que es á la vez el buen sentido en toda su sencillez y la razon en su esfera mas elevada.

Después de esta ligera introduccion, haré que pueda juzgarla el lector por una carta que escribió para mí sola, y que me entregó la mañana del día en que cumplí 17 años. Una observacion que con el pretencioso aplomo de una colegiala me habia permitido hacerla la víspera, sosteniéndola que solo se amaba de veras una vez en la vida, y que el primer amor era el único que podia experimentar una mujer, la sugirió la referida epístola, cuyo estilo parecerá un tanto excéntrico y singular; pero que sin quitar ni añadir una coma, es el que usa mi tia en la conversacion y por escrito. He aquí la carta:

«¿Con qué de veras crees, querida Engracia, que solo puede amarse una vez? ¿Y cómo tan joven todavía has podido formar esa opinion? Forzoso es creer que la hayas adquirido en las novelas y poemas amorosos, no en la experiencia ni ménos en la observacion; pero como esa manera de pensar puede ser para tí origen de errores y de males sin cuento, estoy resuelta á descubrirte el corazón de una mujer, que es lo mismo que descubrirte y demostrarte el de todas.

» Yo he amado dos veces, querida Engracia; la primera en la alborada de mi inconstante juventud; la segunda en la calma de la edad madura. Recuerdo perfectamente al objeto de mi primer amor. Eran los rasgos de su fisonomía sombríos y severos, de una admirable belleza clásica, y parecían estar iluminados por los resplandores de un genio ardiente y ambicioso. La inteligencia brillaba en todas sus facciones; pero notábase al mismo tiempo que no habia corazón en aquel hombre; su mirada no tenia la ternura del amor, y todo revelaba en él la virilidad tranquila, orgullosa y soberana. Su estatura no era muy alta, el cuerpo parecia falto de fuerza y de vigor; pero cuando se revestia del aire activo y despótico que le era habitual, elevábase sobre mí como un gigante, y mis débiles párpados no podían resistir el fuego de su mirada. Su voz sonora, atrevida, imperiosa, me hacia estremecer como el sonido del clarín. Se sonreía rara vez, y no comprendía que nadie pudiera reirse, porque despreciaba la sensibilidad y la dulzura de carácter. La vida era á sus ojos un negocio arduo y grave, aspiraba á las distinciones y á los honores; alimentaba su corazón de ambiciosas esperanzas, y hacia alarde de lo que él llamaba «su insensibilidad de hombre.»

» Tal era el que solicitaba, ó mas bien, el que subyugó mi corazón. Con todos los demás habia sido yo hasta entonces petulante, caprichosa, insustancial; pero en su presencia estaba sumisa y temblorosa: hasta mi orgullo, esa diadema de la mujer, solía depositarlo á sus piés, porque lo amaba con un amor profundo, ardiente, que me absorbía á mi misma, y no daba lugar á mi pecho á ningun otro género de sentimiento. La reflexion, la razon y las mas dulces afecciones de mi infancia se hallaban subyugadas y paralizadas; morían en el fuego de aquella adoracion entusiasta, como muere la mariposa en la perfumada llama de un pebetero. Así como después de haber mirado al sol, la imágen del astro luminoso permanece mucho tiempo delante de tus ojos, del mismo modo á cualquiera parte que volviese yo mis miradas veía brillar delante de ellas la radiante imágen de mi amor. Antes hubiera confiado la Lisis de Moore sus penas al ángel que la amaba, que yo las mías al hombre que solicitaba mi mano. Todavía tiemblo al pensar en la ligereza con que me dejaba arrastrar á aquella ciega idolatría.

» Pero llegó un momento en que un vago temor, un terror que no tiene nombre, se apoderó de mi alma. Me asemejaba á una persona que está soñando que pasea por el paraíso, y que sabe sin embargo que sueña; ó á uno que anda sobre una superficie de hielo tan delgada, que siente debajo de sus plantas las ondulaciones y el movimiento de las aguas. Este presentimiento me hacia estremecer al pensar que la nueva estrella de mi existencia iba á desaparecer, y que el rocío de la mañana de mi vida iba á convertirse en una niebla que el viento habia de disipar para siempre.

» Esta era la voz del ángel de mi guarda que me hablaba al oído. Sí; porque has de saber, querida Engracia, que Carlos F... vive todavía, y que no llegamos á casarnos. Si el motivo de nuestro rompimiento hubiera sido sus vicios ó sus defectos, jamás me atrevería á revelarlos, porque el amor, como el sepulcro, cubre con cierto carácter sagrado aun aquellos objetos que después se han hecho indignos de nosotros. Si Carlos hubiera cometido una falta, mi cariño le serviría de escudo; si la sociedad le hubiera expulsado de su seno y renegado de él, mi corazón al ménos le hubiera permanecido leal hasta el fin de sus días; pero no, la sociedad le contempla con respetuosa admiracion, y este es el objeto de todos sus deseos.

» Poco á poco conocí con dolor que el hombre á quien en mi ceguera habia rendido un culto que solo se debe á Dios, ni me amaba ni podía amarme como yo hubiera querido ser amada. En un principio me contenté con su obsequiosa admiracion; pero en seguida comencé á suspirar por una ternura, que no estaba en su naturaleza consagrarme; á anhelar esas dulces expresiones, esas tiernas sonrisas, esos cariñosos cuidados que fueron siempre el pasto del corazón de la mujer desde que Dios la creó amorosa y sumisa al hombre. En fin, abrí los ojos, y ví en Carlos una estatua que desde el pedestal de su grandeza miraba con ojos serenos el amor entusiasta que me habia inspirado. Aquel hombre era

la encarnacion altiva y fria de la inteligencia, y los sentimientos humanos que abrigaba su corazón apenas le bastaban para sí propio. Conocí entonces que el ará nupcial hubiera sido para mí el ara del sacrificio, una fúnebre hoguera en que se habria abrasado todo lo que en mi naturaleza no hubiera podido identificarse con la suya; mis goces y mis dolores, toda mi vida, toda mi individualidad iban, no á mezclarse con los suyos, sino á confundirse y desaparecer en él. Conocí que los manantiales de mi corazón se agotarían sin que él pudiera alimentarlos, y que mi alma se convertiría en un desierto, porque él no cuidaría de cultivarla. No quise pues abrazar semejante destino; renuncié á aquel matrimonio, y nos separamos.

» Cuando la muerte nos arrebató el sér que amamos, el dolor nos extravia y nos abate; pero ¿quién podrá decir lo que se sufre cuando deliberadamente arrancamos de nuestro corazón un amor que se ha adherido como una débil planta al objeto de nuestra pasion? ¿Quién puede describir el tormento que se padece al romper una á una las ramas de la yedra, que llenas todavía de vida se agarran á la robusta encina y se resisten á abandonarla?

» Corrieron algunos años y amé por segunda vez. ¡Pero cuánto distaba el objeto de mi amor del ídolo de mis primeras ilusiones! Eduardo reunía la seductora dulzura de la mujer á la severa dignidad del hombre; poseía todas las cualidades femeniles, sin ser por eso afeminado. En él la dignidad del hombre no era un manto mezquino en que envolvía su cuerpo para ocultar á los ojos del mundo los harapos que le cubrían, sino la púrpura real que un príncipe lleva sobre sus hombros con gracioso abandono, y al través de la cual se echa de ver la magnificencia y riqueza de sus vestidos. Su entendimiento no se asemejaba á una de esas llanuras cultivadas que serían yermos estériles sin el trabajo y el sudor del hombre, sino una de esas fértiles praderas del Mediodía, en que crecen las flores espontáneamente con toda la exuberancia de una poderosa vegetacion. Era alto, y no parecia elevarse sobre mí; era hermoso, y en su fisonomía se retrataba cierta expresion de alegría, si es que puede darse ese nombre á la satisfaccion que se deja ver en las naturalezas apacibles y tranquilas. Era, en fin, la luz y no el fuego de la inteligencia la que iluminaba su frente.

» La bondad de su corazón le hacia querer de los pobres; la nobleza de su carácter y su vida ejemplar le habian granjeado la admiracion de los ricos; todos los hombres de bien le alababan unánimemente; de suerte que mi inefable amor no era mas que la concentracion de los sentimientos de todo el mundo; y sin embargo de esto, pasó mucho tiempo antes de amarnos. El cáliz de aquel sentimiento divino se abrió lentamente, porque su flor no debia marchitarse jamás. El amor dicen que es la rosa del corazón; pero cuántas veces hacemos del corazón una estufa, para que la rosa florezca mas aprisa. Si se abandonase el capullo al sol de la naturaleza, al rocío de la inocencia y de la verdad, al cuidado de los ángeles, ¡qué placer seria verlo crecer, seguir el desarrollo de sus pétalos, que en cada hora que trascurría recobra un perfume mas suave, unos matices mas vivos, hasta que por fin se entreabre la rosa con toda la perfección de su incomparable belleza!

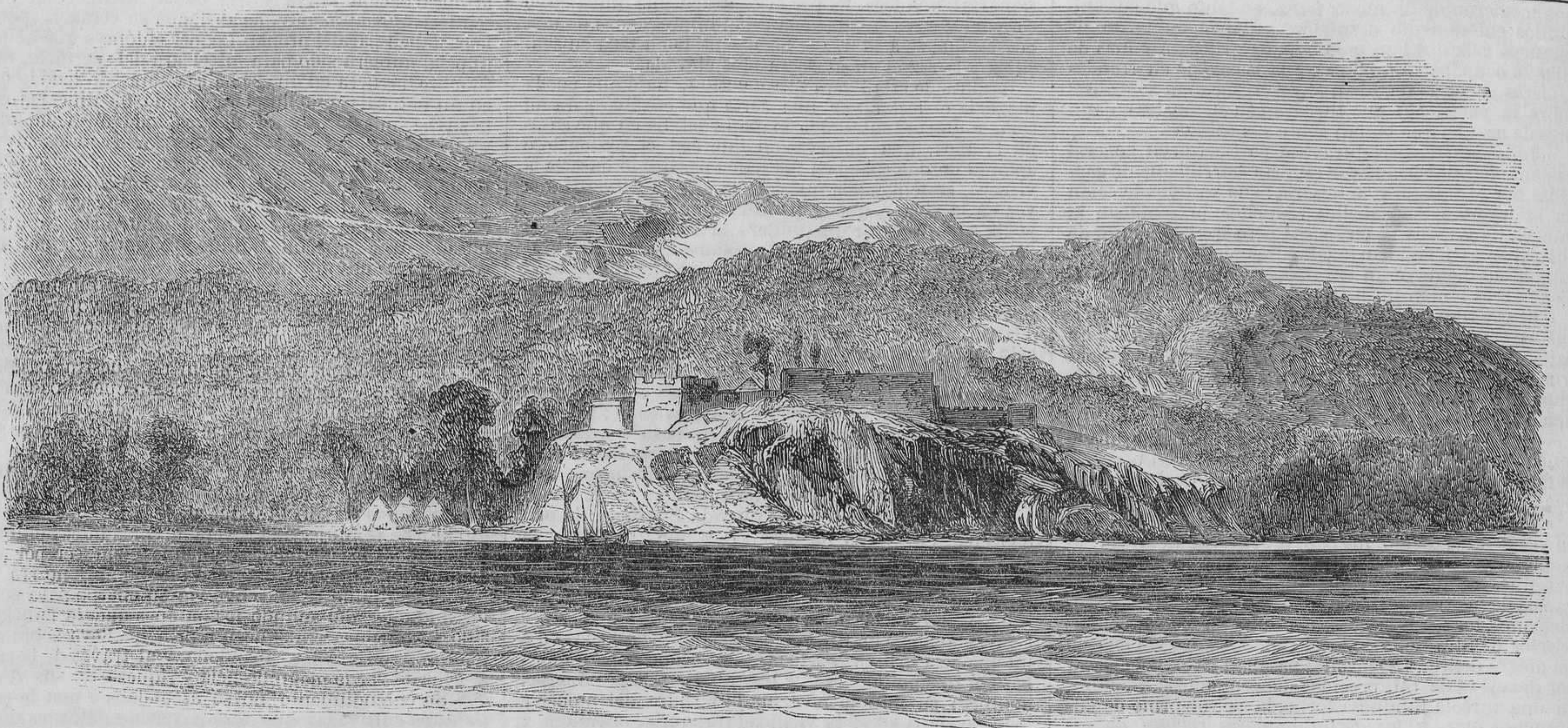
» Nuestra vida se vió libre de lo que llaman desgracias, y sin embargo tuvimos nuestros disgustos y nuestras penas; pero no podíamos quejarnos de ellas, pues teníamos el consuelo de sufrirlas juntos. Aquella confianza completa, espontánea y reciproca que habíamos llevado al altar, y sin la cual el matrimonio es solo una mentira, no nos abandonó un momento. No vayas á creer por eso que nos adorabamos ciegamente. Conociamos nuestros reciprocos defectos hasta los mas pequeños; pero á medida que uno de nosotros los descubría en el otro, procuraba cubrirlos con el velo del olvido, arrojaba sobre él el velo argentino de la caridad, y lo encerraba en un santuario impenetrable á las miradas del mundo.

» Para concluir, querida Engracia, voy á decirte á qué comparo yo estos dos amores de mi vida. El primero era una águila prisionera y sometida á su cautiverio, pero aspirando á su antigua libertad y recordando siempre el alegre batir de sus alas indomables: el segundo era una ave mas mansa, y que reposaba con gusto en el seno de su dueño, y que replegaba sus alas fatigadas con un movimiento imperceptible de placer.»

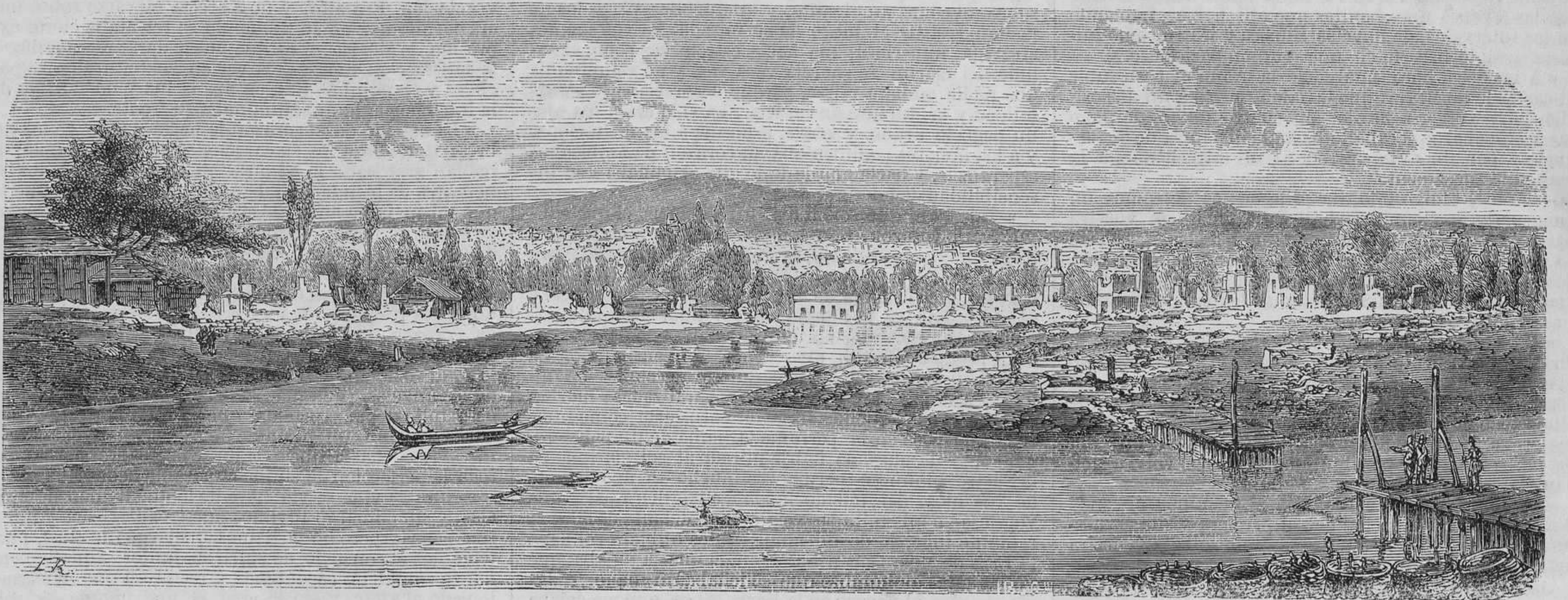
Así concluía la carta de mi tia Maria. A pesar de su elocuente sencillez no logró convencerme, porque no podía yo admitir que lo que ella llamaba su primer amor hubiera sido verdaderamente una pasion. No; ella no habia llegado bastante cerca del corazón de Carlos para amarlo; si se hubiera casado con él, la hubiera pasado lo que á la mujer de Caton, que al decir de su severo esposo, solo se atrevía á abrazarlo cuando tronaba. El sentimiento que mi tia experimentaba era admiracion, un orgullo satisfecho, un vértigo, todo lo que se quiera, excepto esa esclavitud del alma en que el esclavo adora sus cadenas; esa locura del corazón que el loco prefiere con mucho á la razon.

Si hubiera amado con la ciega idolatría, con el sublime delirio de una mujer, ¿habria podido pesar su amor y pronunciar su separacion? Nuestra fortaleza en las cosas del corazón procede casi siempre del orgullo excitado por un desden ó una injuria, y ella ni fué injuriada ni desdenada por Carlos. En cuanto á su segundo amor, nada quiero decirle; pero como no puedo dar el nombre de amor á su primera pasion, estoy en el derecho de permanecer *in statu quo* de mis opiniones por ahora.

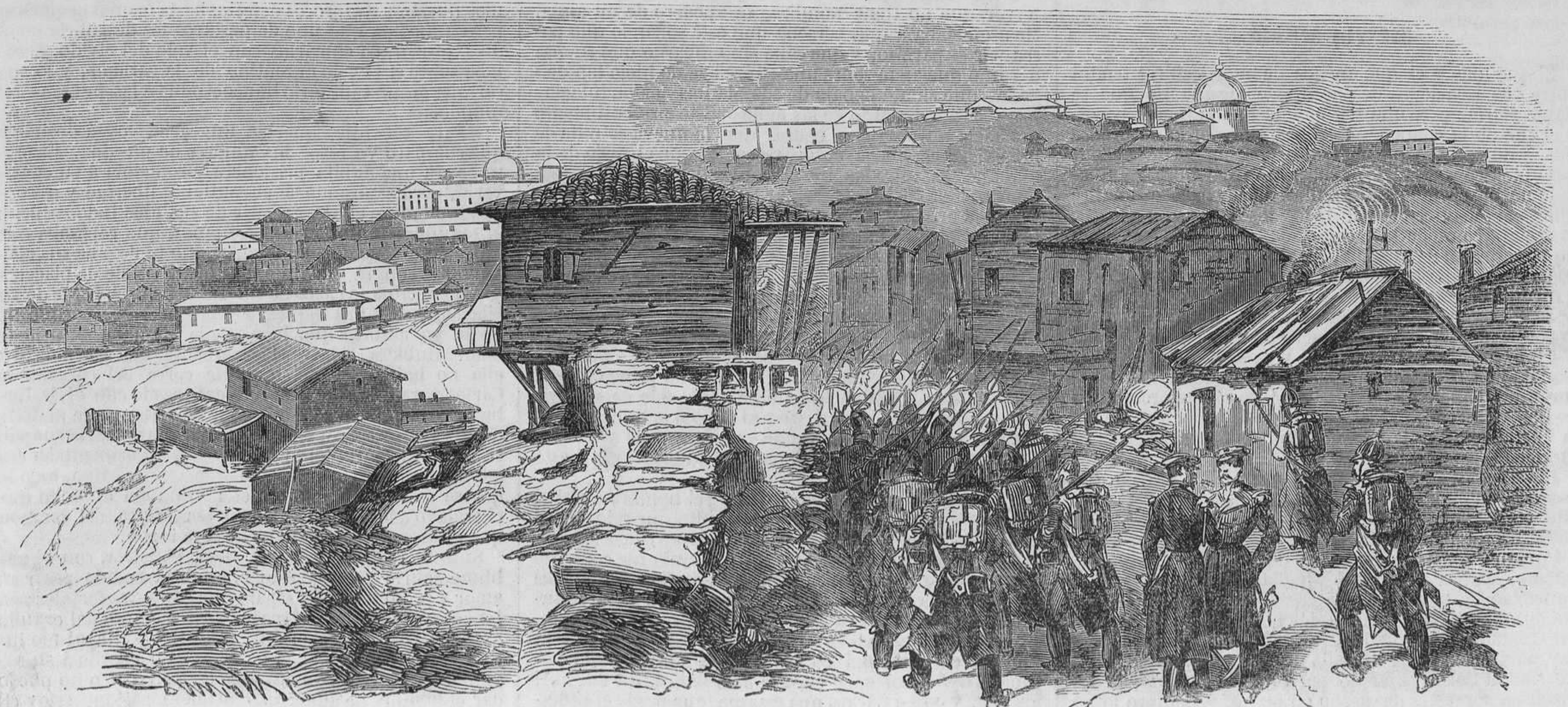
ENGRACIA GREENWOOD.



Fortaleza de Sueris, detras del campo de Tchuruk-Su.

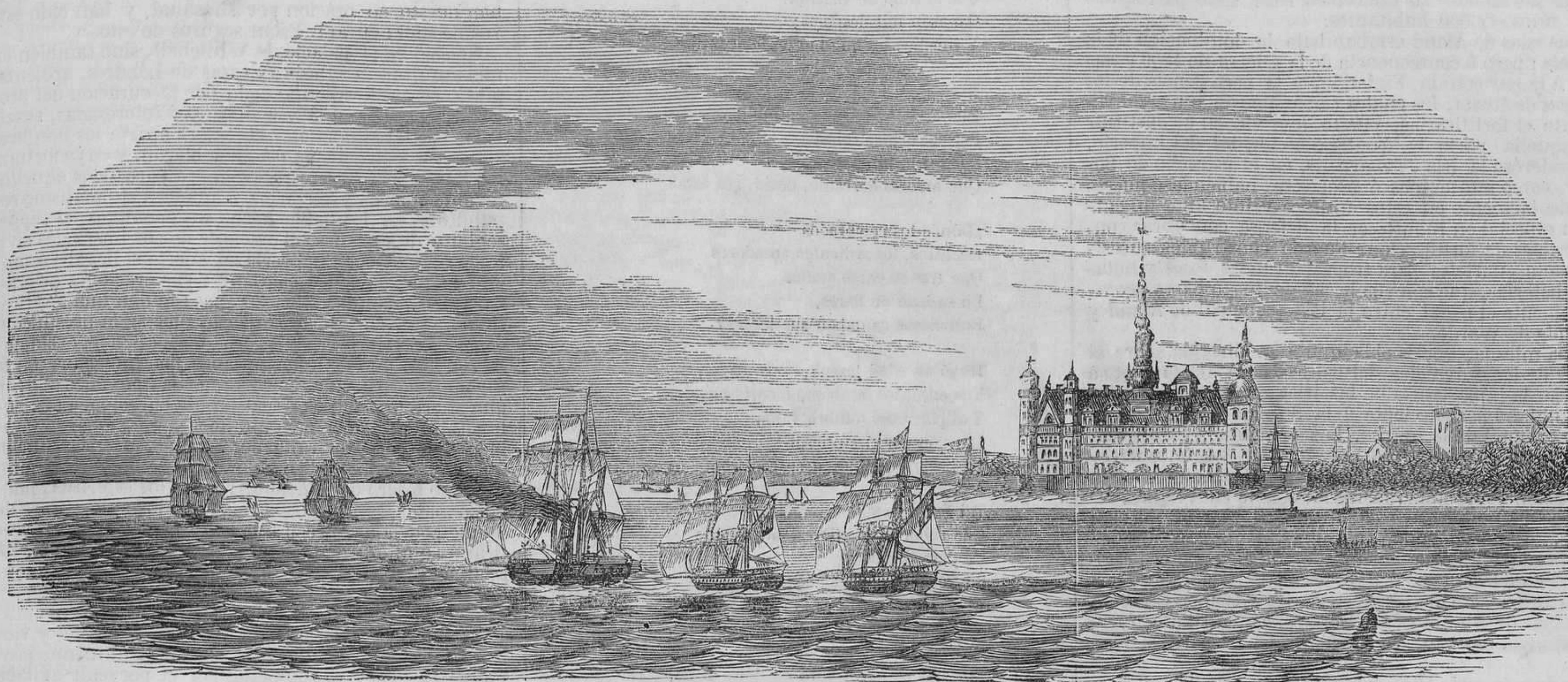


Ruinas de Redut-Kaleh.



Kuttais, cuartel-general del ejército ruso de Georgia.

Expedicion del Báltico.

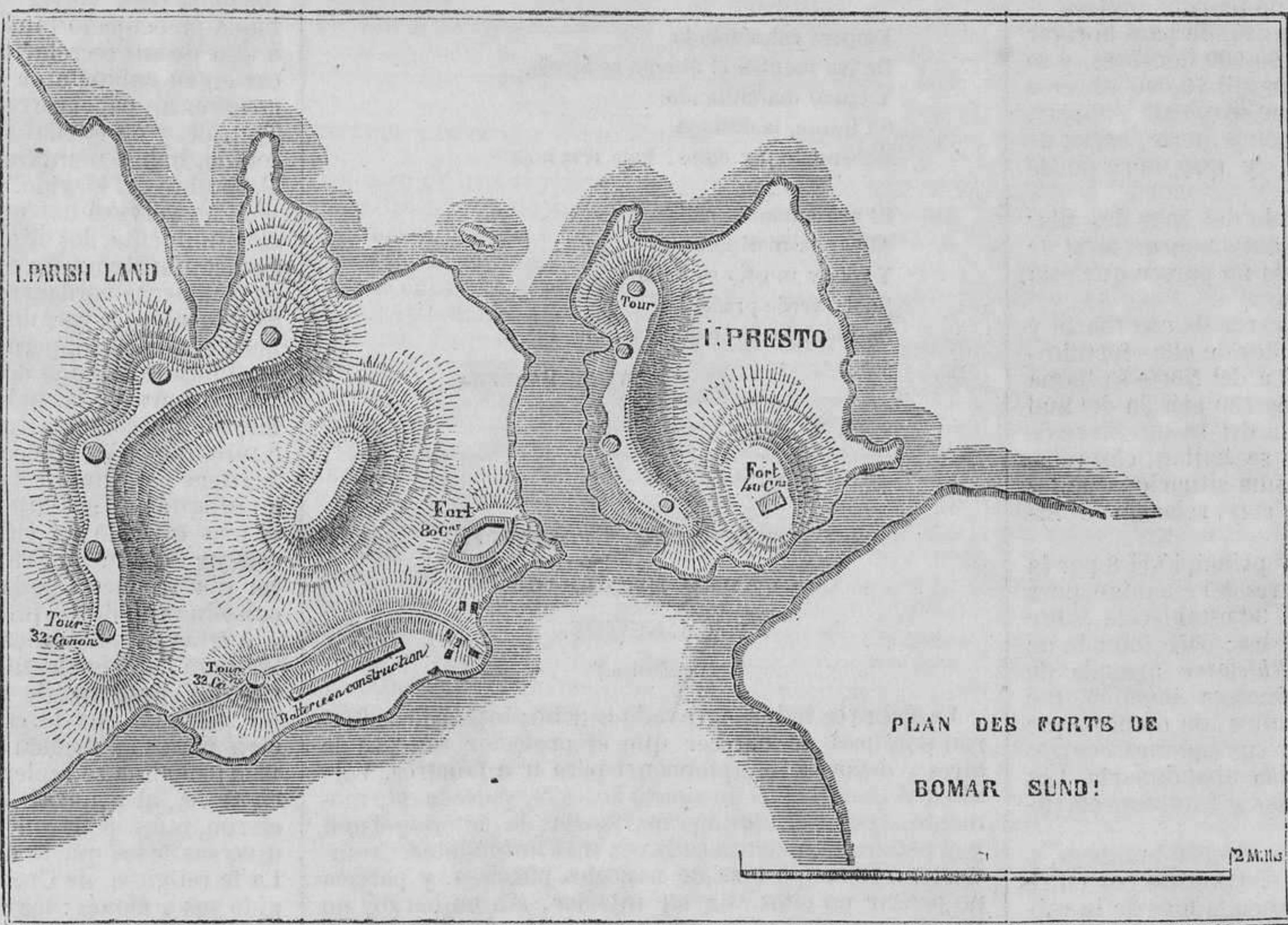


Vista de la entrada del Sund, delante de Elsenor.

Publicamos en este número los dibujos que hemos recibido representando los fuertes de Bomarsund y el plano topográfico de ellos, así como una vista de la entrada del Sund y del curioso castillo de Elsenor.

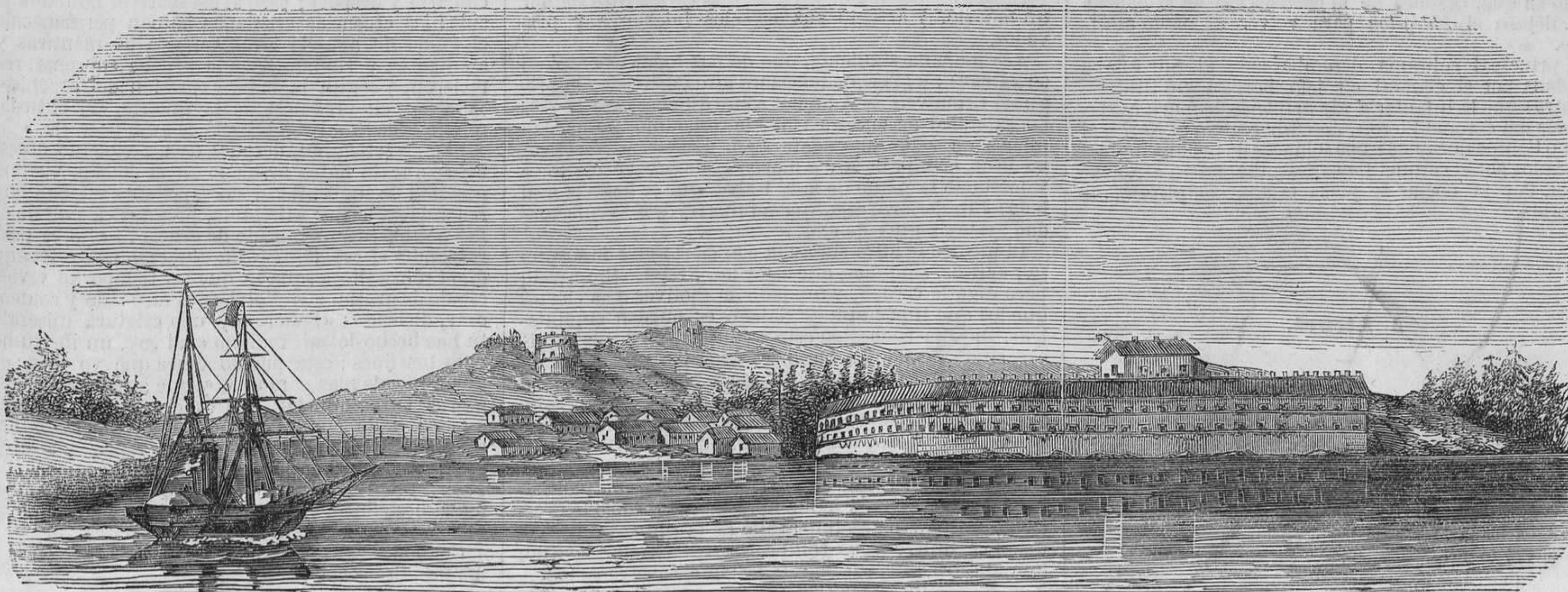
En nuestro último artículo sobre el Báltico anunciamos la salida de las flotas para las islas de Aland; hoy, siguiendo los acontecimientos por su orden, principiarémos por estampar aquí algunos apuntes geográficos sobre el archipiélago de Aland, y concluirémos con cuatro palabras sobre la fortaleza de Bomarsund y el desembarco de las tropas, mientras nos llegan los datos suficientes para ocuparnos de la toma de Bomarsund.

El archipiélago de Aland en el mar Báltico á la entrada del golfo de Botnia, cuya fama política y militar ha sido en todo tiempo de bastante consideracion, se compone de un gran número



Plano de los fuertes de Bomarsund.

de pequeñas islas, que desiertas en el dia en su mayor parte, fueron en tiempos mas remotos habitadas sin duda por los Wikingers, célebres piratas, que extendian sus correrías marítimas hasta las costas de Inglaterra y hasta el Mediterráneo. Aun en el rostro de los alands de hoy dia se lee distintamente esa tendencia característica á las aventuras, hermanada con un amor intimo á la libertad, habiendo mas de una vez patentizado sobradamente su oriunda descendencia, jactándose no poco en que ellos forman una nacionalidad separada y que nada tiene de comun con las de otros países confinantes. Pasan por excelentes tiradores y marineros. Su elemento favorito es el mar: en él viven y se agitan preferentemente, siendo así que la industria agrícola la ejercen en escala muy reducida. En su mayor parte es gente bien acomodada, y el oro y la



Fuertes de Bomarsund.

plata son objetos que se encuentran en casi todas las casas formando las diferentes islas siete parroquias con unos 12,000 habitantes.

Las islas de Aland estaban bajo la dominación de la Suecia; pero á consecuencia de la guerra de 1809 pasaron á la par con la Finlandia á la pertenencia de los Czares de Rusia, los cuales conceptuaron muy conveniente el fortificarlas, puesto que vienen á constituir en aquella parte la frontera occidental del imperio. Consideróse la isla de Scarpan, en el estrecho de Bomar, como punto mas á propósito, habiéndose puesto particularmente en estos últimos veinte años un empeño especial en robustecer la defensa con obras considerables de fortificación. Fueron construidos sucesivamente cuarteles para tropas, grandes fosos y notables baterías, que con sus bocas de fuego barren completamente el canal entre la isla principal de Aland y el islote de Wardo.

Una mirada, por rápida que sea, dirigida sobre el mapa de las provincias del Báltico, dará al momento á conocer la importancia de las islas de Aland, y de la de Gothland perteneciente á la Suecia, situada en la costa oriental de la misma. Las primeras forman una valla para la navegación del golfo de Botnia, y la segunda un baluarte formidable de Estocolmo, cuya ocupación proyectaba la Rusia, con lo cual habria resultado un embarazo extraordinario para la Suecia; pero esta no se descuidó, y robusteciendo apresuradamente sus obras de defensa, envió á ellas cinco regimientos de infantería y uno de caballería para aumentar la guarnición de las mismas. La estación marítima principal de Suecia es Carlscrona, con astillero, fuertes almacenes, y otros establecimientos para la marina.

En una de estas islas del archipiélago de Aland han construido los rusos hace unos veinte años la fortaleza de Bomarsund, y contra esta plaza principia la primera operación de esta guerra el ejército francés del Báltico apoyado por la infantería de marina inglesa.

Se dice que esa plaza es bastante grande para abrigar bajo sus cañones un ejército de 60,000 hombres, y se asegura que han estado empleados allí 10,000 obreros durante todo el tiempo del año que se puede trabajar. Lo cierto es que la plaza es grande y fuerte, capaz de alojar una guarnición numerosa, y que no se puede tomar sino por un sitio regular.

El principal puerto tiene del lado del mar dos filas de cañones con casamatas, que componen un total de 80 cañones de grueso calibre, pero no parece que está artillado del lado de tierra.

A una distancia como de 1,000 yards de ese fuerte y de la orilla se hallan tres colinas, dos de ellas fortificadas, y cada una con 20 cañones. La del Norte se llama fuerte Nottich, y tiene una altura de 130 piés; la del Sud lleva el nombre de fuerte Tzee, y la del medio sirve de estación telegráfica. Estos fuertes se hallan, con relación á Bomarsund, casi en la misma situación que los fuertes Arab-Tabia y Medjidje con relación á Silistria.

El desembarque de las tropas principió el 8 por la mañana sin oposición seria por parte del enemigo, pues solo una batería de 6 cañones de á 30 establecida sobre la orilla del mar arrojó algunas balas; pero tomada de flanco por la corbeta francesa *Phlegeton* armada de obuses de á 80, y por la fragata inglesa *Amphion*, fué destruida en ménos de veinte minutos, de manera que apenas tuvo tiempo para apuntar sus cañones cuando ya estaba acribillada y fué preciso abandonarla. Los que montaban las lanchas inglesas y francesas clavaron inmediatamente sus cañones.

A mediodía habían desembarcado 10,000 hombres, y desde la rada se veía relucir sus bayonetas por entre los bosques de abetos, estaba ya andada mas de la mitad del camino á la mar sin haberse disparado un tiro de fusil, y solo de la gran batería de la orilla llegaban algunas bombas rusas al medio de la rada, y aun una de estas rasó el bote del almirante Perceval en el momento en que, despues de la destrucción de la batería rusa, dejaba el *Phlegeton* para volver al navío almirante.

La principal columna desembarcada al Sur estaba mandada por el general en jefe Baraguey-d'Hilliers, mientras que la infantería y la artillería de marina á las órdenes del coronel Fieron, desembarcaban al Norte, al mismo tiempo que unos 1,000 soldados de marina inglesa mandados por el coronel Jones desembarcaban al Nornorueste. Por la noche la plaza estaba completamente investida.

A Licori.

¿Y así, Licori mia,
Así yo vuelvo á verte? Qué se hicieron
Las gracias, que algun dia
¡Ay! para siempre, desdichada huyeron.

El oro á tu cabello
La mano de la edad hurtó envidiosa,
Y á tu marchito cuello
Su apostura graciosa,
Y á tus mejillas su lozana rosa.
Ya triste, mortecina,

Veo la luz de aquellos dulces ojos,
Que al niño de Ericina
Ganaron mil despojos;
Y mustios los que fueron labios rojos.

Ninfas del Lete hermosas,
Que andais cogiendo en bulliciosa fiesta
Por sus orillas rosas,
Decid: la ninfa apuesta,
Que amores derramó, decid, ¿es esta?

¿Dónde los celebrados
Hechizos, los ardientes amadores
Que tras su carro atados
En cadena de flores,
Bulliciosos cantaban sus loores?

Huyó tu edad lozana,
Tus encantos tambien, Licori, huyeron,
Y al par, cual sombra vana,
Los que por tí sintieron
Su pecho palpar, desaparecieron.

Tal fuiste ¡ay Dios! cual rosa,
Que reina de las flores, en la llana
Pradera deliciosa
Su frente ¡ay! engalana
Al reir entre albores la mañana.

Celebran melodiosas
Las aves su hermosura en dulce trino,
Y blancas mariposas
Revolean contino
Al redor de su cáliz purpurino.

Empero rebramando
De los montes el ábrego se arroja,
Y crudo marchitando
Su frente, la deshoja
Robándole ¡ay dolor! hoja tras hoja.

El ave entónces calla
Al par la mariposa huye ligera;
Y sola y mustia se halla
En la verde pradera
La flor que tan amada y linda fuera.

F. A. DE BARREDA.

La muerte de Cromwell,

CUADRO HISTORICO.

POR M. GUIZOT.

(Conclusion.)

La fiebre se habia agravado mucho; los médicos fueron entónces de parecer que el protector mudase de aires y dejase á Hamptoncourt para ir á Londres. Volvió á Witehall el 24 de agosto de 1658, y desde este momento, á pesar de algunas apariencias de mejoría, el mal y el peligro se hicieron cada vez mas inminentes. Cromwell no se ocupó mas de negocios públicos, y parecia no pensar en ellos. En su interior, sin embargo, no habia renunciado á la vida y á todo porvenir terrenal; habiendo oido á sus médicos preocuparse de su pulso, que hallaban desordenado é intermitente, sus palabras le afectaron; se apoderó de él un sudor frio, se sintió verdaderamente malo, volvióse á la cama, hizo llamar un notario, y arregló sus negocios interiores y privados.

A la mañana siguiente, uno de sus médicos entró en su cámara: «¿Porqué teneis un aire tan triste? le preguntó Cromwell. — Aquellos sobre quienes pesa la responsabilidad de vuestra vida, le respondió, no pueden ménos de estar altamente preocupados. — Vosotros, médicos, creéis que voy á morir, exclamó el protector,» y tomando la mano de lady Isabel, que se hallaba á su lado: «Te declaro, dijo, que no moriré de esta enfermedad; estoy seguro de ello.»

El médico le miró sin duda con cierto aire de sorpresa: «creéis, sin duda, que estoy loco, repuso Cromwell; pero digo la verdad, y fundado en motivos mas ciertos que los que Hipócrates y Galeno os pueden suministrar. Dios ha concedido esta respuesta, no á mis súplicas, sino á las de los hombres que tienen con él un trato mas íntimo. Abrigad pues confianza; disipad vuestra tristeza, y tratadme como á un pobre criado. Podeis mucho por vuestra ciencia, pero la naturaleza puede mas que todos los médicos juntos, y Dios es infinitamente mas poderoso que la naturaleza.»

Viéndole tan vivamente excitado despues de una noche en que casi nada habia dormido, el médico le prescribió un reposo absoluto; salió de la cámara y encontrando á uno de sus profesores: «Temo, le dijo, que nuestro enfermo no esté próximo á volverse loco.» Y le repitió lo que acababa de oír. «¿Sois tan extraño á lo que pasa en este palacio, respondió el otro, que no sabeis lo que ha pasado la noche última? Los capella-

nes del protector y todos los santos, sus amigos, dispuestos por las diferentes habitaciones del palacio, se han puesto en oración por su salud, y han oido esta voz de Dios: curará. Están seguros de esto.»

No solo en el palacio de Whitehall, sino tambien en una multitud de iglesias y casas de Londres, ardientes oraciones se elevaban al cielo por la curación del protector: oraciones á la vez sinceras é interesadas, suscitadas por las simpatías y el temor: aparte los hombres adheridos á su persona ó á su gobierno, y cuya fortuna iba ligada á la suya, Cromwell era para todos aquellos revolucionarios y sectarios, á quienes el fanatismo republicano no los habia hecho sus enemigos, el representante de su causa, el defensor de sus libertades civiles y religiosas. ¿Cuál seria su suerte si llegaba á morir? ¿Bajo cuál yugo caerian? Y sus oraciones no eran para ellos fórmulas frias y vanas: tenian una fe firmísima de que ellas llegaban hasta Dios, y la presunción de él les revelaria sus altos designios. «Señor, exclamaba Jodwin, uno de los capellanes del protector, no te rogamos por su vida, pues ya nos la has concedido; lo que ahora te pedimos es su pronta curación.» Los políticos no estaban tan tranquilos, y sin embargo tambien ellos esperaban mucho: «Jamás, escribia Thurlot á Enrique Cromwell, ha habido para hombre alguno parecido tesoro de oraciones; todos los espíritus, buenos ó malos, se muestran consternados ante la idea de lo que podria acontecer si la voluntad de Dios fuese retirar á su alteza de este mundo; y puesto que Dios ha inclinado tanto los corazones á la oración, tengo confianza de que las oirá para atender su ruego.»

Cromwell, sin embargo, estaba muy lejos de su curación: las crisis se hacian cada vez mas frecuentes y violentas, y al salir de ellas caia en un abatimiento profundo. La mas viva inquietud por el porvenir agitaba á su familia y á sus consejeros. ¿Quién seria su sucesor? Segun los términos del acta constitucional, él debia designarlo. Desde su enfermedad y ántes de dejar á Hamptoncourt para volver á Londres, Cromwell mismo se habia preocupado tambien de esto, y habia encargado á uno de sus secretarios, John Barrington, de ir á buscar en su gabinete de Whitehall, en el fondo de su *secretaire*, un papel cerrado en forma de carta, dirigida á Thurlot, y en la cual al constituirse el segundo protectorado, habia nombrado su sucesor, sin decir á nadie el nombre del elegido. No se halló este papel, y Cromwell no volvió á hablar de él. Cuando el peligro apareció inminente, los hijos y yernos del protector, lord Faulcambridge entre otros, instaron á Thurlot, su único confidente verdadero, á que le dirigiese sobre este asunto alguna pregunta, alguna insinuación. Thurlot prometió hacerlo, pero tardó mucho en ello. No tenia certidumbre alguna acerca de las intenciones de su señor; Cromwell las habia tenido completamente secretas, no queriendo arrancar la esperanza de sucederle á ninguno de los que podian abrigar alguna pretension. Algunas personas decian que su elección no recaeria en ninguno de sus hijos, sino en su yerno Fleetwood, el mas querido del ejército y de los republicanos. En esta incertidumbre, Thurlot dudaba en pedir al protector una respuesta positiva, no queriendo ponerse mal con ninguno de los pretendientes.

A estas perplejidades de los que le rodeaban, Cromwell era completamente extraño: los negocios mundanos, las cuestiones de la política, hasta los intereses de las personas que le estaban mas ligadas, se desvanecian para él á medida que abandonaba la arena de la vida; su alma se replegaba dentro de sí misma, y encontraba, al avanzar hácia los misterios del porvenir eterno, otros pensamientos, otras incertidumbres muy diversas de las que se agitaban en derredor de su lecho. La fe religiosa de Cromwell no habia ciertamente regido sus acciones: las combinaciones, las pasiones, las necesidades terrestres se habian apoderado de él; se habia consagrado á ellas con una cinica pasión, resuelto á triunfar, á dominar, á engrandecerse á toda costa: el cristiano habia desaparecido ante el político revolucionario y déspota; pero al desaparecer no habia perido: las creencias cristianas habian permanecido en el fondo de aquella alma cargada de mentiras y de atentados; y cuando llegó la prueba suprema, reaparecieron, y segun la bella expresión del arzobispo de Tillotson, en presencia de la muerte, «el entusiasmo religioso de Cromwell triunfó de su hipocresía.»

El 2 de setiembre, despues de un violento acceso de fiebre que lo habia arrojado en el delirio, vuelto á la posesión de sus sentidos, sus capellanes estaban en derredor de su lecho: «Decidme, preguntó á uno de ellos, ¿es posible caer del estado de gracia? — No es posible, respondió el capellan. — En este caso estoy tranquilo, dijo Cromwell, porque sé que un tiempo he vivido en estado de gracia.» — Volvióse al otro lado y comenzó á orar, diciendo: «Señor, soy una criatura miserable... tú has hecho de mí, indigno cual soy, un instrumento para tus fines; este pueblo desea que yo viva; creen que esto vale mas para ellos y que aumentaria vuestra gloria. Otros anhelan que muera. Perdónalos, Señor, á todos, y de cualquier modo que disponais de mí, concédeles tu bendición... dales el reposo y á mí tambien, por amor de Jesucristo, al cual como á tí y al Espíritu Santo, haya honor y gloria eterna! Amen.» A aquel destello de piedad sucedió un estado de marasmo que se prolongó hasta la caída del dia.

Cuando llegó la noche, una fuerte agitación se apoderó de Cromwell; hablaba, pero en voz baja y entrecortada, no acabando ni sus ideas ni sus palabras. «Verdaderamente, Dios es bueno: no me ha... Dios es bueno... Quisiera vivir para servir á Dios y á su pue-

blo; pero mi papel ha terminado. Dios permanecerá con su pueblo. » Ofreciéronle algo que beber exhortándole á que durmiera: «No quiero ni beber ni dormir; solo pienso en darme prisa, porque es preciso que parta. » Amanecía entónces: era el 3 de setiembre, su día feliz, como él lo llamaba, aniversario de sus victorias de Dunbar y de Worcester. Por una extraña coincidencia, la noche que acababa de pasar había sido muy tempestuosa: una tempestad violenta causó en tierra y mar desastres inmensos. Cromwell cayó en una apatía de la que ya no salió: entre tres y cuatro de la tarde, habiendo perdido el conocimiento algun tiempo ántes, lanzó un profundo suspiro; los circunstantes se aproximaron á su lecho: acababa de espirar.

A esta noticia un estremecimiento universal, aunque muy diverso, circuló por toda Inglaterra. Caballeros y republicanos, episcopales y presbiterianos, anabaptistas y niveladores, todos los enemigos de Cromwell respiraron como prisioneros puestos en libertad, pero no se movieron. Hicieron mas: contuvieron su alegría. El ejército y la inquietud del pueblo les imponían. Oficiales y soldados se mostraban adictos á su general muerto; y el público no teniendo ya dueño, se preguntaba con ansiedad de qué manera tendría un gobierno. Solo se dejaron ver la tristeza de la familia y el dolor oficial. Las unas eran sinceras; y el otro, por conveniencia y por cálculo, se manifestó con una gran fuerza, creyendo con la pompa de sus homenajes hácia lo pasado, asegurarse el porvenir.

« El portador de esta carta, escribía el 7 de setiembre lord Faulcombridge á Enrique Cromwell, daré á vuestra señoría los tristes pormenores de la muerte de vuestro incomparable padre, acontecimiento que arrebató á estas pobres naciones el mas gran personaje y el instrumento mas grande de felicidad pública, no solo de nuestro siglo, sino de todas las edades. La noche que ha precedido á su muerte, y no ántes, en presencia de cuatro ó cinco miembros del consejo, ha declarado por sucesor suyo á milor Ricardo... y tres horas despues de su muerte, tiempo empleado únicamente en redactar el acta, no en vacilaciones ni disputas, el hermano de V. S., ya alteza, ha sido proclamado protector de estas naciones, con la plena adhesión del consejo, del ejército y de la Cité.

» Durante los dias en que su Alteza difunta se acercaba á su fin, la consternación del pueblo era indescriptible... Si esto pasaba fuera de la familia, podeis pensar lo que aconteceria en el seno de ella. No sé « verdaderamente qué hacer de mi pobre esposa: alguna vez parece como que se calma; pero de súbito cae en un nuevo acceso de desesperación; su corazón está próximo á romperse, y no puedo censurarla, porque sé lo que ella ha perdido. »

El mismo mensajero llevaba tambien á Enrique Cromwell una carta de Thurlot á quien le decía: «Dios se ha servido dar á vuestro hermano un bien fácil y apacible; comienza en su gobierno; no hay un perro que mueva su lengua; tan profunda es la calma en que nos hallamos. »

En el seno de aquella calma, los entusiastas aduladores piadosos, que habian cercado el lecho mortal de Cromwell, decían á sus amigos y servidores desolados: « Cesad el llanto: mas bien teneis motivos para regocijarse; era vuestro protector en la tierra; ahora será para vosotros un protector mas poderoso, estando sentado con Cristo á la derecha de Dios. »

Dos meses despues de estas explosiones de dolor y de entusiasmo doméstico, el 23 de noviembre de 1658, los funerales del protector fueron celebrados en la iglesia de la Abadía de Westminster con una pompa que sobrepasó á cuanto se habia hecho en Inglaterra para las exequias de sus reyes. Aunque el cuerpo se embalsamó, su rápida descomposición habia obligado á sepultarlo, sin aparato, pocos dias despues de su muerte. Un magnífico catafalco fué erigido el 26 de setiembre en Somerset-House, en la cuarta sala de su vasto departamento, cubierto de terciopelo negro y carmesí, y la efigie del protector permaneció allí mas de seis semanas expuesta á la espectación de una muchedumbre inmensa que venia todos los dias á visitarla. Se habian consultado para arreglar el orden de estas ceremonias, no solo los recuerdos nacionales, sino los conocimientos de hombres versados en el estudio de las pompas reales, en el seno de las grandes monarquías del continente.

Uno de ellos, M. Kimnersley, indicó los funerales del mas católico de los monarcas, Felipe II rey de España, como los mas dignos de ser reproducidos en honor del protestantismo europeo. Siguióse su consejo, y á sesenta años de intervalo Felipe II y Cromwell, en el momento de aparecer ante Dios, han recibido en medio de la misma pompa fúnebre iguales testimonios del piadoso respeto de las naciones.

Cromwell murió en la plenitud de su poder y de su grandeza. Había sido mas dichoso en sus empresas que ninguno de los hombres que por su genio se han elevado como él al rango supremo, porque habia intentado y llevado á término con igual éxito los mas contradictorios designios.

Durante diez y ocho años, siempre en escena y siempre vencedor, habia arrojado el desorden primero, y restablecido el orden despues, hecho y castigado la revolución, destruido y reedificado el gobierno en su país. A cada instante, en cada situación, adivinaba con una sagacidad admirable las pasiones y los intereses dominantes, haciéndolos instrumentos de su propia dominación, poco cuidadoso de desmentirse con tal que triunfase de acuerdo con el instinto público, y dando por

respuesta á las incoherencias de su conducta la unidad ascendente de su poder. Ejemplo único tal vez de que un mismo hombre haya regido los acontecimientos mas opuestos, y bastado para los mas diversos destinos. Y en el trascurso de esta carrera tan fuerte y tan mudable, blanco incesantemente de toda clase de enemigos y de complots, Cromwell tuvo el privilegio de la suerte de que jamás su vida fué realmente atacada, y el soberano contra el cual se habia escrito el libelo *Matar no es asesinar*, no se vió jamás frente á un asesino.

El mundo no ha conocido ejemplo de éxitos y triunfos á la vez tan constantes y tan contrarios, ni de una fortuna tan invariablemente dichosa en medio de tantas luchas y peligros.

Y sin embargo, Cromwell murió triste. Triste, no solo por morir, sino tambien y sobre todo por morir sin haber alcanzado su verdadero y postrer deseo. Cualquiera que fuese su egoísmo, tenia un alma demasiado grande para que la mas elevada fortuna, siendo puramente personal y efimera como su existencia en la tierra, bastase á satisfacerle. Cansado de las ruinas que habia hecho, tenia afán por devolver á su país un gobierno regular y estable, el único gobierno que le convenia, la monarquía con el Parlamento.

* Y al mismo tiempo ambicioso mas allá de la tumba, por esa ansia de duración que es el sello de la grandeza, aspiraba á dejar su nombre y su raza en posesión del imperio en el porvenir. Fracásó en uno y en el otro designio: sus atentados le habian creado obstáculos que ni su prudente genio, ni su perseverante voluntad pudieron vencer, y colmado para sí propio de poder y de gloria, murió desengañado en sus mas íntimas esperanzas, no dejando tras sí para sucederle sino los dos enemigos que habia combatido ardentemente: la anarquía y los Estuardos.

Dios no concede á los grandes hombres que han echado en medio del desorden los cimientos de su grandeza, el poder de regir á su voluntad, y por una serie de siglos, aun cuando tengan los mejores deseos, el gobierno de las naciones.

Destrucción de San Juan de Nicaragua.

Un acto de una barbarie sin ejemplo ha sido cometido por un oficial de la marina norte-americana, que obró conforme á las órdenes de su gobierno. San Juan de Nicaragua, una población sin defensa, ha sido destruida en algunas horas por el bombardeo y el incendio, acción inicua, digna, cuando mas, de un capitán de piratas. La prensa toda de Nueva York ha calificado esta hazaña como debía, pero no basta condenar el acto, sino que es preciso repararlo. Las indemnizaciones que piden, como es justo, los habitantes de la ciudad destruida, se elevan ya, segun dicen, á una suma considerable, y el gobierno de la Union creemos se apresurará á escuchar estas demandas, si no quiere que un opróbrio eterno recaiga sobre su nombre. He aquí los hechos:

Parece que en mayo último ocurrió en las aguas de San Juan de Nicaragua ó Greytown un incidente deplorable. Acercábase á esa ciudad á todo vapor un steamer americano cargado de numerosos pasajeros californianos, cuando del fondo de una pequeña lancha cerca aun de la orilla se vió levantarse un pescador armado de un fusil. Segun algunas palabras cogidas al paso, aquel hombre pedia al capitán que pasase mas á lo largo para no echar á pique su lancha. Furioso por lo que él llamaba la impertinencia de un patán, el capitán, cuyo vapor se hallaba ya á cierta distancia, mandó virar de bordo, repasó por delante de la lancha, mandó traerle un fusil, y con una monstruosa sangre fría envió una bala á la cabeza del desdichado pescador. Los habitantes de Nicaragua, queriendo vengar la muerte de su compatriota, piden entónces que se les entregue inmediatamente el culpable; pero M. Borland, ministro de los Estados Unidos en la América Central, que se hallaba entre los pasajeros del vapor, respondió que su gobierno no habia reconocido aun la autoridad establecida entre ellos, y que los ciudadanos americanos no podrian someterse á la jurisdicción del país. Este extraño argumento no convenció al alcalde de Greytown, el cual envió algunos hombres á arrestar al capitán. M. Borland excitó á la resistencia, y tuvo lugar un conflicto entre varios americanos y una tropa de habitantes.

Por la noche bajó á tierra M. Borland, y se dirigió á casa del agente comercial de los Estados Unidos. El pueblo exasperado por las ocurrencias de la mañana, rodeó la casa consular profiriendo amenazas contra el ministro que, á lo que se decía, no tenia ningun título oficial, y en todo caso no habria debido tomar parte por el capitán, portugués de nacimiento.

Toda la noche estuvieron ocupados los muelles por hombres armados que impedían la comunicación entre el vapor americano y la tierra, de manera que M. Borland tuvo que aguardar hasta la mañana para volverse al buque.

Al salir el sol todo volvió á entrar en orden. Sin embargo el ministro, temiendo violencias contra los residentes americanos despues de la marcha del vapor, organizó una guardia de 50 hombres para estar prontos á todo evento.

El día siguiente partía para Nueva York el ministro de los Estados Unidos, y algunos dias despues se hallaba en Washington, haciendo al parlamento la relación de sus supuestos agravios.

Hacia tanto tiempo que la prensa americana acusaba al gobierno de falta de energía en las grandes cuestiones actuales, que este no quiso malograr la ocasión de ganar laureles sin correr ningun riesgo. De consiguiente, el buque de guerra *Cyane*, que acababa de llegar á Nueva York de una expedición al istmo de Darien, fué despachado á toda prisa delante de Greytown, adonde llegó el 11 de este mes. Su comandante el capitán Hollins envió un oficial á las autoridades locales, exigiéndoles el arreglo de las diversas reclamaciones hechas por residentes americanos, una satisfacción del insulto de que se quejaba M. Borland, y una indemnización de 125,000 frs.

El 12, no habiendo dado ninguna respuesta los habitantes de Greytown, les mandó á decir que si el 13 á las nueve de la mañana no se le habia concedido todo lo que les pedia, principiaria á bombardear la ciudad. El día se pasó como el precedente y sin que la población diese la menor señal de concesiones.

Greytown, que ha pertenecido sucesivamente al Estado de Nicaragua y á los dominios del rey de Mosquitos, y últimamente fué declarada independiente, se componia de ochenta casas todas de madera, y muchas de ellas, aunque construidas recientemente, abandonadas ya, no contaba mucho mas de quinientos habitantes, de los cuales una docena emigrados de los Estados Unidos, otros tantos franceses y alemanes, como unos 25 ingleses, y los restantes, negros de la Jamaica, indios mestizos y descendientes de españoles.

Ante las redobladas amenazas del capitán, la mayor parte de los habitantes se figuraron que se contentaria con enviarles algunas balas, y que cesarian las hostilidades despues de la destrucción de dos ó tres casas. Por lo que, resueltos á negar toda especie de satisfacción, la mayor parte de ellos se contentaron con ir á acampar sobre la orilla á una milla de distancia de la ciudad, llevando apenas provisiones para el día. Seis ó siete americanos fueron á refugiarse bajo el pabellon del *Cyane*, mientras que muchos ingleses se retiraron á bordo de la goleta de guerra británica *Bermuda* que se hallaba en el puerto bajo el mando del capitán Folly, el cual, añaden, hizo infructuosos esfuerzos para determinar al capitán del *Cyane* á que cesara el fuego. A las nueve de la mañana del 13 no quedaba en Greytown una sola criatura humana. Como se habia anunciado, el *Cyane* rompió el fuego y lo continuó hasta las tres de la tarde. Despues de haber arrojado mas de 200 balas sobre aquel pueblo desierto, viendo el capitán que los habitantes no capitulaban, envió á tierra una lancha cargada del teniente y veinte hombres, y á las cuatro entró en el pueblo esa banda para incendiarlo.

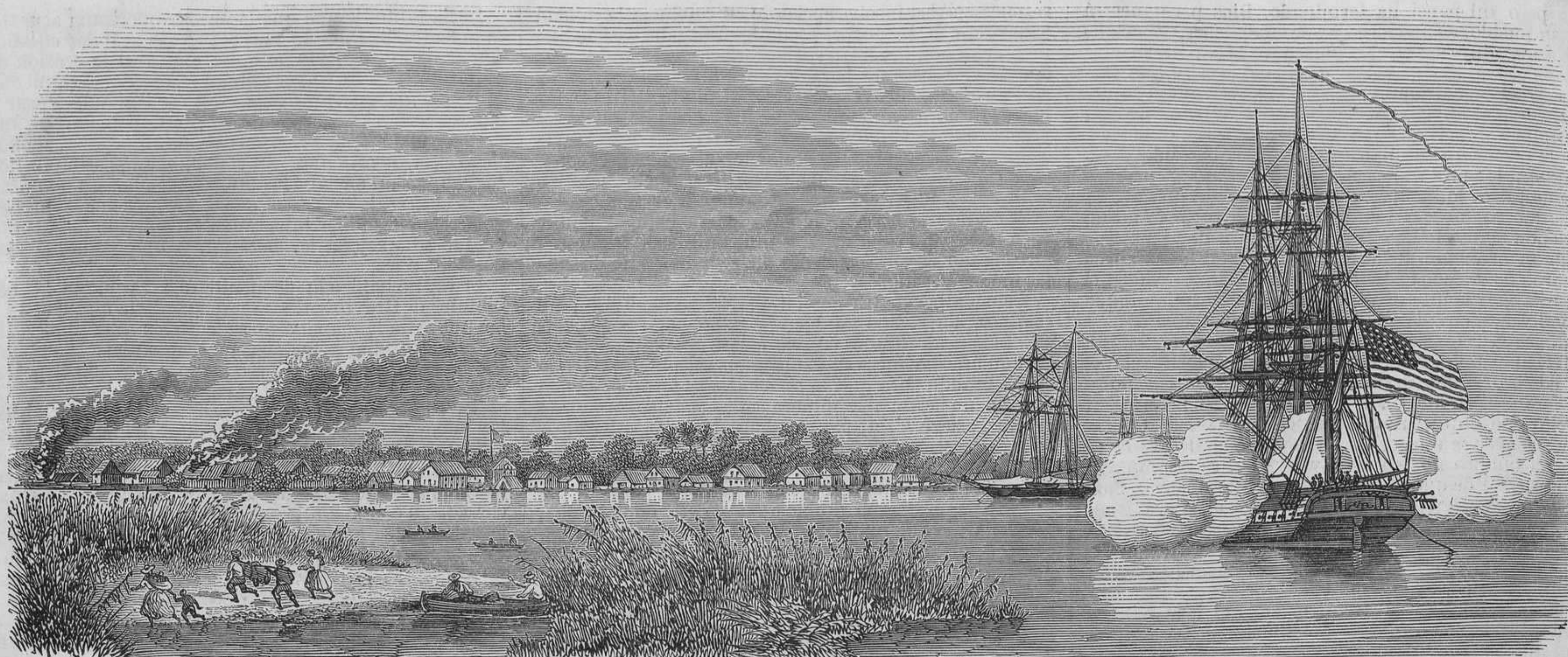
Al ponerse el sol, Greytown no presentaba mas que un monton de cenizas, y los habitantes andaban errantes por los bosques, sin saber donde abrigarse ni como procurarse alimento para el día siguiente.

Las pérdidas sufridas por esta acción inhumana y cruel ascienden, segun nuestras primeras noticias, á dos millones y medio de francos.

Ya hemos indicado que el capitán de la goleta *Bermuda* intentó de detener el bombardeo. En efecto, si no pudo defender la ciudad, lo deseó ardentemente, si hemos de creer una carta que envió al comandante del *Cyane* en lo mas fuerte del bombardeo. En ese billete el oficial inglés manifestaba su pesar de no tener á su disposición un buque de guerra de la fuerza del *Cyane*, asegurando al capitán de este que, á tenerlo, le haria cesar en el bombardeo. En respuesta á esa carta, el comandante americano expuso que sentia vivamente no hallarse en presencia de dos buques ingleses, pues estaba seguro de apoderarse de ellos bajo las mismas condiciones que los Estados Unidos se habian apoderado en otro tiempo del *Cyane*. En ese intermedio llegó el vapor inglés *Dee* con la mala inglesa, y se esperaba verle unirse al *Bermuda* para atacar el buque americano; pero siguió el pillaje y el incendio de la ciudad sin ninguna demostración de parte de los ingleses, y cuando todo estuvo acabado, el *Dee* se hizo al mar remolcando al *Bermuda*, y á los súbditos británicos que tenia á su bordo, no sin haber protestado contra ese monstruoso atentado.

Acabamos de escribir la única palabra que cuadra á la triste hazaña del *Cyane*, la única de que se servirá la Europa para calificarla; porque, ¿qué otro nombre hallar para ese espantoso abuso de la fuerza brutal, para esa ejecución salvaje en que el encarnizamiento de los agresores parece haberse excitado mas con la debilidad y hasta con la pasibilidad de sus víctimas? En suma equidad, habria una cuestión que resolver ántes de emprender ninguna demostración contra Greytown: la de saber de que lado estaban la queja y la ofensa, y á quien tocaba pedir reparaciones. No vacilamos en decir que un exámen imparcial de los hechos habria inducido al gobierno de Washington á prohibir con mucho menos calor la cólera de M. Borland, si no á desaprobare enteramente su conducta.

Posteriormente hemos sabido que el hecho en cuestión ha exasperado tanto los ánimos en Inglaterra, que el gobierno de S. M. la reina Victoria ha decidido enviar á las aguas de San Juan de Nicaragua una escuadrilla con el fin de proteger los intereses de aquellos desgraciados habitantes tan horriblemente sacrificados á una venganza indigna. A ser así, no hay duda que el gobierno inglés sostendrá en los Estados Unidos la causa de la humanidad y del derecho de gentes, apoyando las reclamaciones de los que deben ser indemnizados de la pérdida de sus haciendas.



Destruccion de San Juan de Nicaragua.

Copa sagrada

DE LOS EMPERADORES DE LA CHINA PARA EL CULTO DE LOS ANTEPASADOS. — JARRON ANTIGUO, EPISODIO DE LA REVOLUCION DE 1644.

El 19 de la tercera luna de 1644, el emperador habia ido al salon de los Antepasados á las cuatro de la mañana, hora á que se levantan los soberanos del Celeste Imperio, para prosternarse ante los espíritus de sus abuelos. Ricas ofrendas estaban colocadas sobre unas tablillas entre velas de cera de color de rosa, y el vino de felicidad reposaba en una copa cuyo uso para esta ceremonia habia sido consagrado por todas las generaciones de emperadores. Los mas suaves perfumes se exhalaran en nubecillas azuladas de las cazoletas de bronce cincelado, cuya antigüedad data de los primeros tiempos de la monarquía, y salian por el salon hasta los mandarines de la presencia, colocados de guardia á cada lado de la puerta.

De repente dos eunucos encargados del mando de dos puertas de Pe-King, solicitan presentarse ante el emperador para poner en sus manos un mensaje de Li-tchi-zin el jefe de los insurrectos. El emperador se contrista como si el velo del porvenir se hubiera desgarrado de repente para él en el salon de los espíritus. Pasa la vista por el mensaje donde Li-tchi-zin decia á Hoai-tsong «que se habia hecho » indigno del trono ;

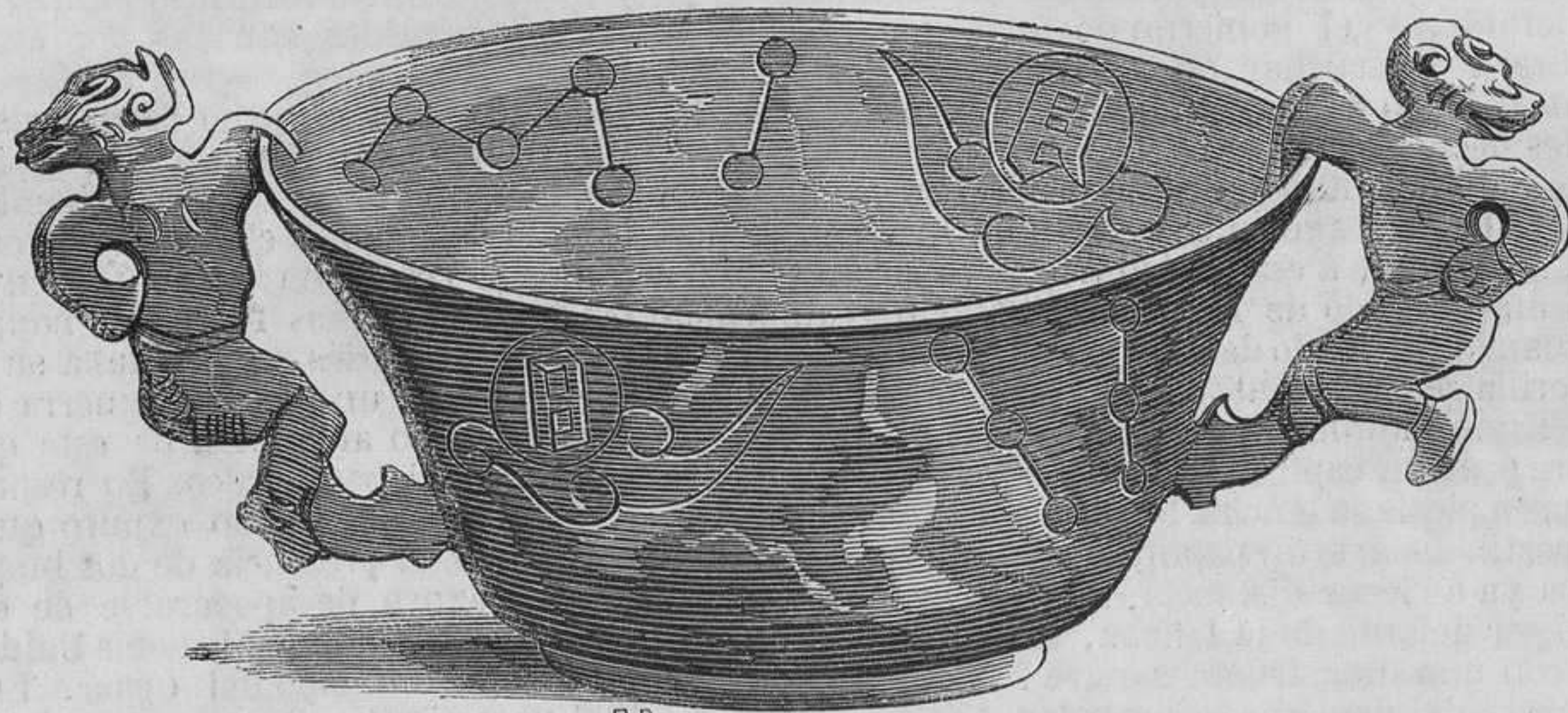
» que léjos de ser el padre y la madre de los pueblos como un hijo del cielo, ha sido su opresor ; que los ojos y » los brazos de su providencia, (los colaos y mandarines) no eran mas que unos hombres serviles y corrompidos, de un orgullo grosero ; que los colegios de » los bonzos, léjos de ocuparse de la moral elevada de » Confucio, no tenían otro fin que el interés, y por último que en ese horrible desastre de la patria 500,000 » hombres impelidos por la desesperacion, rodeaban las » murallas de la capital, y le mandaban que bajara de » un trono que el jefe de la insurreccion ocuparia con » mas provecho. »

A esta lectura un terror mortal sobrecogió á toda la corte. Hoai-tsong, en este caso extremo, creyó que no habia otro recurso que apelar á la exterminacion. De allí se marcha á la sala de los Vestidos, se cubre con un manto soberbio, manda tocar la campana grande de la puerta Florida del palacio ; ordena que se reúnan todos los soldados de la ciudad, y se va á la corte de la emperatriz á contarla lo que le sucede. La emperatriz al saber lo que pasa, pone en seguridad á sus tres hijos recomendándolos al cariño de varios oficiales valerosos y se da la muerte ; todas las mujeres del palacio imitan su ejemplo. El emperador seguido de una escolta de soldados cuyo número disminuye por momentos, se dirige á la puerta de Occidente, y luego á la puerta de la Exaltacion de la virtud, aunque sin poder salir por ninguna, pues las tropas de Li-tchi-zin se lo impiden. Allí sin embargo creia encontrar los primeros socorros

que esperaba de su general *Ou-San-koue* que tenia órden de concluir la paz con los tártaros-mandjures, y de llamarlos al socorro de la capital ; triste y funesto recurso que debia causar la desgracia de la China, entregándola por espacio de dos siglos á luchas intestinas, haciéndola retroceder de su civilizacion, entónces tan adelantada, y comprometiendo en fin la nacionalidad del imperio mas inmenso de la tierra, cadena viva entre los tiempos modernos y la antigüedad del mundo.

El emperador se vuelve al palacio, busca á su hija que contaba 15 primaveras, y llevándola al jardin de los Diez mil años, y deteniéndose sobre el monte artificial, cubierto de árboles de olor, y origen de las nubes, la dice que no puede soportar la idea de la deshonra en que va á caer cuando sea tomado el palacio, y cubriéndola los ojos con su mano izquierda, la hiere en la garganta con su cimitarra, escribiendo despues estos renglones sobre su manto de seda amarilla.

« He ocupado el trono diez y ocho años ; mis hijos » rebeldes vienen á insultarme hasta en mi capital ; lo



Copa sagrada de los emperadores de la China para el culto de los antepasados. (Agata oriental de 23 centímetros de diámetro.

» que me sucede es un castigo de Dios, pero no soy el » único culpable, todos los grandes que han estado á » mi servicio lo son mas que yo, y me han perdido » ocultándome lo que pasaba. ¡ Con qué frente me presentaré, á mi muerte, delante de mis abuelos ! Vosotros que me reducis al triste estado en que me encuentro, coged mi cuerpo y despedazadle, pero no hagais » daño ninguno á mi pueblo. »

Y desatando despues su cinturón adornado de piedras preciosas, y pasándosele al cuello, se ahorca de un ciprés.

En el momento en que el emperador lanzaba el último suspiro vino el eunuco *Ouang-tching-nghen*, le quitó sus vestidos imperiales, se los puso, pasó los suyos al cadáver de su difunto amo, y se ahorcó, para no exponer los restos del emperador al insulto del pueblo. En la noche de aquel dia se vió el incendio mas grande que ha habido en el mundo. Las montañas de la Tartaria que están á cinco leguas, se hallaban enrojecidas por las llamas que devoraban el palacio imperial. Toda la llanura del Pe-che-li estaba alumbrada ; el fuego ondulaba como las olas de un mar sobre esa ciudad de madera pintada, de tejidos de bambú, de laca dorada, de papel y de seda. En medio de la claridad deslumbradora de la inmensa capital encendida, podia descubrirse un convoy que se extendia en una hilera de diez leguas, cargado con las riquezas robadas en los diferentes palacios del *Tseu-Kin-tching* (ciudad roja prohibida). Sin embargo, se habian sustraído al-

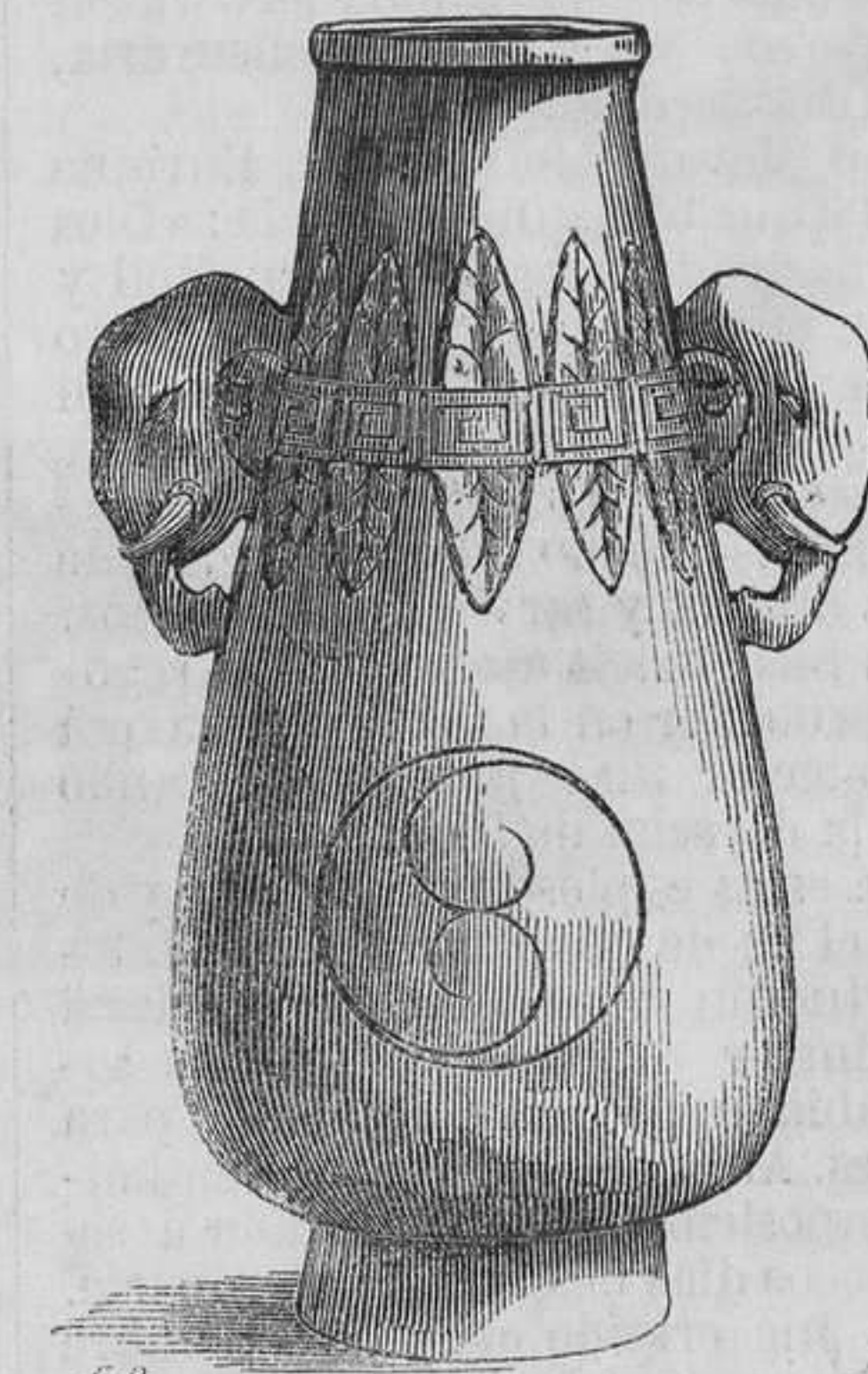
gunos objetos preciosos de manos de los insurrectos, para entregarlos á los infortunados herederos del último de los Ming. Estos objetos, consistian, entre otros, en las tablillas de los antepasados, y las vasijas que servian para honrar á los espíritus.

La copa, cuyo dibujo damos, que es de ágata oriental de un solo pedazo con 23 centímetros de diámetro, formaba parte de los recuerdos preciosos que se querian entregar á los hijos del emperador, y que hasta 1810 ha estado en posesion de los *vangs* ó príncipes de la familia desposeida en 1644. En una conspiracion que estalló en tiempo de Kiaking (1810), el príncipe que la poseia dijo á sus criados donde se hallaba, y estos tuvieron que venderla para enviar socorros á su amo. De

este modo llegó á uno de los jefes de la frontera de Mongolia, que es el que nos la ha proporcionado.

Lo que mas se admira en esta copa, es su tamaño, su color de ópalo, el inmenso trabajo que debió costar su hechura, y la gran cantidad de polvo de diamante que habrá habido que emplear para labrarla, pues la piedra preciosa de que se compone estan dura como el diamante. Además una piedra de ese tamaño no se ha visto nunca.

Esta preciosidad data de los primeros tiempos de la monarquía china.



Jarron de las ceremonias, de jade.

De las cuatro figuras astronómicas que se ven en ella, una es el sol y otra la luna ; luego vienen dos constelaciones que simbolizan la totalidad de las estrellas. Los globulillos que figuran las constelaciones han sido siempre un objeto de profunda veneracion entre los chinos.

Los dos genios que sirven de asas, y que están formados de la misma masa de la piedra, son dos cinocéfalos que marcan entre los egipcios las influencias de la luna, y que entre los chinos son símbolos del cariño filial.

Concluirémos diciendo que todos los objetos de ágata oriental se reservaban exclusivamente para el uso de los emperadores. Sabido es que entre los griegos, los egipcios y los romanos, las copas de ágata se hallaban destinadas á los reyes, porque en la antigüedad se las creyó dotadas de la virtud de neutralizar los efectos del veneno y del vino, como se creia tambien que el polvo de záfiro infundia valor ; en una palabra, cada piedra tenia su influencia que la hacia realmente muy preciosa.

El jarron con las dos cabezas de elefante, símbolo de la sabiduría, es tambien muy antiguo. Es de jade nefrótico, pero su color de un blanco muy brillante, está alterado por haber permanecido muchos siglos en la tumba de uno de aquellos emperadores proscriptos de la historia de la China. En la superficie presenta grabado el *tay*, principio de todas las cosas, atributo de Dios, fuerza creadora de los mundos.

C. M. DE L.